

El señor del paja.—Pero ¿qué ha pasado aquí?

—Nada: que decían éstos que Uzcudun no es el mejor peso fuerte actual. ¡Hombre, a propósito!
¿Quién cree usted que es el primer boxeador del mundo?

Dib. SAMA.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ



LOS TAMOS
POLVO INSECTICIDA
LEYER & COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS

SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE ABRIL

SORTEO DE PREMIOS

1.º Un bonito dibujo de uno de nuestros colaboradores, con cristal y marco, a doña Adela Peyrona, de San Sebastián.

2.º Una bonita pluma estilográfica, para firmar cheques, a doña María Tejera, de Madrid.

3.º Dos magníficas novelas de reputados autores, a D. Ricardo Ponte, de Lugo.

Los agraciados podrán recoger los premios en esta Administración precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE MAYO

SOLUCIONES

1. Un solo bola.—2. Es una nota brillante en su vida militar.—3. Morirá sin remedio antes de medio día.—4. Unas novelas.—5. Un apetito desordenado de deseos de hacienda.—6. Una mantilla de blanca.—7. Estatuas orantes.—8. Piano.—9. En seguida de comer.—10. Capitán.—11. Vino.—12. Aquilino.—13. Arriba las manos.—14. Tarea.—15. Centenarios.—16. Es enemiga mía.—17. Un homenaje.—18. El Valdepeñas.—19. Cerrado por defunción.—20. Media vida es la candela, pan y vino la otra media.—21. Calambre.—22. Oleografía.—23. Voy todos los días.

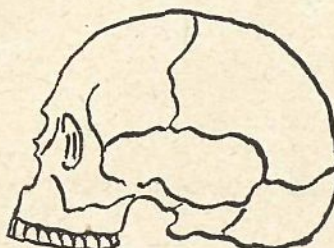
De las 6.712 soluciones recibidas, han resultado exactas las remitidas por los "pierdetiempistas" siguientes:

1. Francisco Pacheco.—2. Manuel García Reyes.—3. Manuel Cano.—4. Amparo Fernández.—5. Antonio Sánchez.—6. Víctor Gómez.—7. Pilar Mier.—8. Francisco Durán.—9. Carmen Tundidor.—10. Alfonso Rodríguez.—11. Rita Mayor.—12. Antoñita Ras.—13. María Tejera.—14. Rodolfo Cortés.—15. Amadeo Jimeno.—16. Pepito Castro.—17. Luciano Moraes.—18. Alfonso Gardoqui.—19. Lucio Escobar.—20. Pedro Jareño.—21. Apolinar Manrique, de Madrid.—22. Pilar Sáez, de Pineda de Trasmonte (Burgos).—23. María Irureta.—24, 25 y 26. Mercedes, Adela y Marichu Peyrona, de San Sebastián.—27. Paquita Velarde, de Torres (Madrid).—28. Manuel Sancha, de Ciudad Real.—29. Jerónimo Navarro, de Almazán (Soria).—30. Luis Polo, de Ateca.—31. Serafín Bárcenas, de Guadalajara.—32. Carlos Atienza, de Sevilla.—33. José María Esteban, de Granada.—34. Conrado Aparicio, de Valencia.—35. Ester Martínez, de Santander.—36. Rosario Díaz, de Cáceres.—37. Luis Conde, de Orense.—38. Patricio Rodríguez, de Huelva.—39. José Luis Antón, de Valladolid.—40. Ricardo Ponte, de Lugo.—41. Rosario Vidal, de La Coruña.—42. Servando Morante, de Cádiz.—43. Emilio Romaguera, de Panti-

cosa.—44. Adolfo Hernáiz, de Huesca.—45. Serafín Izquierdo, de Málaga.—46. Agripino Monedero, de Palencia.

El sorteo de premios del Concurso de mayo se celebrará en nuestra Administración el 1 de julio próximo, a las seis de la tarde.

18.—Capítulo de una novela célebre.



RELÁMPAGOS,
TRUENOS, LLUVIA

19.—Lo que hace a un hombre desgraciado.

Artículo

UREMIA

20.—Charada.

—Yo no *tercia segunda prima segunda* mi demarcación; también *prima segunda* algo las inmediatas.

—Sí; ya sabemos todos que eres un hombre muy *todo*.

21.—En el ejercicio.

CARIBE
A IGUAL
TANGI

22.—Refrán.

TIOS
MALI

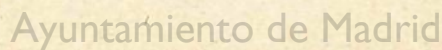
Matusalén
S

23.—Hemos «disfrutado» este año.

P
Consonante B Tabaco
Precipicio

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de junio



CHARLAS DOMINICALES



El pavoroso problema del *veraneo*, avanza a pasos agigantados...

A ustedes, queridos lectores, ¿qué tal les coge de dinero el tal problema?

En lo que a mí toca, fatal.

Desde la emisión de los nuevos cupros, mi fortuna se reduce a un pequeño trozo de *gruyere*. ¡Todo se me vuelven agujeros!...

El "ahorro" ha sido un mito durante el pasado invierno.

¡Y no digamos nada de la primavera!

¡Cualquiera hace reservas metálicas en época tan florida!

Todos los domingos, partido de fútbol, carreras de caballos y toros. Los jueves, toros también. Algunos viernes, novilladas. Los lunes, verbenas. Los martes, estrenos de obras, atacando a la Prensa. Los miércoles, estrenos de obras, defendiéndola. Los sábados, banquetes. Y todos los días, socalinas, *sablazos*, fiestas de la Flor, etcétera, etcétera. ¡Como para hacerse rico!

Y ¡es claro!... Llega junio, los chicos empiezan a ver el anuncio del "Kofak", y ante aquellos barquitos dibujados al fondo de la *mujer cebra*, que enfoca su aparato, añoran las playas, no quieren perder las vacaciones y se dedican a darnos la lata, preguntando a cada instante:

—Papá, ¿a dónde vamos a ir este año?...

La madre, en estos casos, apoya la interrogación infantil y agrega siempre un comentario higiénico.

—Realmente, a estos chicos les hace falta salir de aquí. No importa a qué sitio, pero les conviene un cambio de aires...

El padre asiente resignado, mientras la esposa subraya convencida:

—A Pepito le convendría la montaña; en cambio a Lulú la sentaría mejor el mar. A ti ¿qué te parezca mejor, San Rafael o San Sebastián?

—¿A mí?... San... Bernardino—contesta el jefe de familia, que conoce a fondo su situación económica.

Pero es inútil oponerse. El *veraneo*, de un modo u otro, se realiza. No se ha dado el caso de la familia que deje de *veranear* por falta de numerario. El dinero para este menester sale siempre. ¿De dónde?... ¡Ah, ese es el misterio!... Pero... sale.

Lo aviso con tiempo a los ciudadanos para que realicen las operaciones previas. El *veraneo* se aproxima. Los pa-

dres de familia, que ha poco pagaron sus *cédulas personales*, se ven amenazados de un nuevo riesgo. ¡Hay que hacer frente al porvenir!... ¡Total: cinco o seis mil pesetillas, como *primer avance*!...

Y eso suponiendo que no nos salga un niño Marcueta, de esos que siempre tienen apetito. Porque entonces, con diez mil del ala no hay para bocadillos.

¡Claro que este año van a existir sujetos que se defiendan con el disco de que no aprieta el calor!...

¡Inútil argumento!...

¡Además, que si el calor no aprieta, aprieta la familia. Y ante el deseo de nuestros *deudos*, no tenemos otro remedio que el de aceptar nuestras *deudas*... para el otoño. ¡No hay escape!

El *veraneo* se aproxima, y es preciso afrontar la situación.

Según sean las posibilidades del veraneante, así será el punto escogido para residencia estival, y el lujo con que se realice el viaje.

Habrán familias que salgan para Noruega en el "Cap Polonio", y habrá otras, más humildes, que salgan para "Cuatro Caminos" en el "Metro".

¡Todo tiene sus encantos!... Precisamente ayer contemplamos los preparativos *veraniegos* de una viuda, con dos hijos que piensa pasar el mes de julio en la "Dehesa de la Villa". La pobre mujer se dirigía a la estación de Atocha, con ánimo de tomar el "Metro", y les decía a sus escualdidos retoños:

—¡Daos prisa, a ver si podemos coger *ventanilla*!...

¡La pobre quería que los nenes se divirtiesen viendo el paisaje.

¡Cuestión de fantasía!



Dib. SILENO.—Madrid.

LUIS DE TAPIA

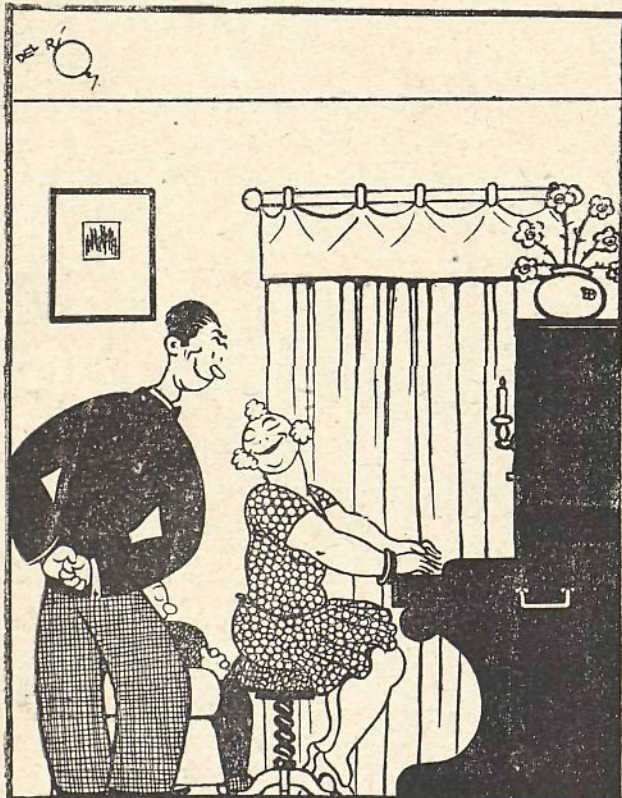
A MI NIETO MAYOR

Ya que vas a la boda
de Paz Botella,
pues nos han invitado
para ir a ella
y no tengo yo gana
de acompañarte,
sigue estos consèjitos
que voy a darte.
A la novia no beses,
aunque te guste,
pues, como eres ya un hombre,
quizá se asuste;
ni tampoco a la madre,
porque es muy fea
y al besar deja siempre
sabor a brea.
Oye de la capilla
frente al retablo
la epístola famosa
que hizo San Pablo,
mas, aunque te parezca
muy bien escrita,
no le pidas al cura
que la repita.
Cuando hagan la pregunta

de reglamento
de si hay alguna clase
de impedimento,
no se vaya tu lengua;
porque es muy triste
que allí se enteren todos
de lo que existe.
Ya sé que está mandado
decirlo todo;
pero tú no lo sueñes
de ningún modo,
pues quizá te expondrías
si lo dijeras,
a que alguien te obsequiase
con dos punteras.
Si celebran con dulces
el himeneo,
tú no te quedes corto,
porque es muy feo.
Toma cuanto te dieren
Paz o Benito,
y no olvides que tienes
un abuelito,
y que este pobre viejo

que aquí te espera
¡para las golosinas
es una fiera!
Si los novios se escapan
de entre la gente
cuando llegue la noche,
como es corriente,
tú no les acompañes
a su aposento,
porque no querrán chicos...
por el momento.
Sigue mis advertencias;
no las olvides...
y anda, que se hace tarde,
no te descuides...
Por más que, si no fueras,
mejor sería.
¿Tú asistir a una boda?
¡Qué tontería!
No asistas, que es tu abuelo
quien te lo veda,
¡y para ver desgracias
tiempo te queda!...

JUAN PEREZ ZUÑIGA



ROMANTICISMO.

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—¡Oh, nenita, toca un poco más lento!
—Veo que a ti también te gusta la música lán-
guida.
—No, no es eso. Es que así se duerme antes tu
mamá.



Dib. BOROBIO.—Madrid.

—Vengo a que me cambie usted este huevo. Dice
mi madre que no huele bien.
—¿Y qué quiere tu madre, que por un real le dé
un frasco de colonia?

Presentación breve y anecdótica de Theotocopulos Cejuela

Nuestro dilectísimo amigo Theotocopulos Cejuela era uno de los ejemplares más cabales de la creación. Título por parte de sus antepasados, no había querido para sí más títulos que los propios, y, para ganar éstos, se dedicó durante años y años, día a día, a la aristocrática tarea de perder el tiempo.

Era andaluz; sabía, por lo tanto, perder el tiempo bien, con gracia y saboreo de buen entendedor. Hay quien no hace nada en este mundo, y pasa el tiempo con la boca abierta. Pasa el tiempo solo y ellos, con la boca abierta, no lo paladean. Nuestro amigo, no; perdía el tiempo a sorbos, como un voluptuoso catador. Y para mejor perderlo, no como un vago cualquiera, se dedicó a trabajar.

Lo que oyen. A trabajar. Se inventó una tarea superflua. Tarea de erudito. Se dedicó a descubrir los orígenes judaico-guaraníes del flamenco. Y como nadie le corría, ni él hubiera corrido jamás aunque le corriera medio mundo, fué descubriendo cada cosa y acumulando tales datos de conocimiento profundo, que hizo de su obra un monumento, monumento completamente inútil porque echaba por tierra y deshacía todo lo escrito hasta la fecha acerca del asunto, y no podía haber, en consecuencia, ni un sólo especialista en la cuestión que alabase y justipreciar en alta voz el libro de Cejuela. ¿Cómo alabar una obra que dejaba reducidas a puré las obras de tantos eminentes? ¿Cómo hacer polvo a la ciencia demostrando de una vez que la ciencia había hecho el tonto? Los científicos decidieron, por lo tanto, desdeñar a Cejuela. "Estaba chiflado..."

Cejuela, por su parte, contribuía lo mejor que le era posible a la corroboración del diagnóstico. ¡La sabiduría de verdad parece tan fácilmente chifladura!... Y es que el hombre sabio está de non, porque no saben lo que él; ninguno de los otros; y como nadie sabe aquello, nadie puede estar conforme con él; y todos, unánimemente, con la unanimidad del no saber, se encuentran conformes entre sí y exclaman, barrenándose la sien y refiriéndose al sabio: "Está viruta."

Nuestro dilectísimo amigo era un virutísimo espléndido. "Ayer—decía a sus amigos en arranque confidencial—

encontré en el Archivo Colombino un documento precioso: la orden del rey Sisebuto prohibiendo al arzobispo de Gerona poner banderillas..."

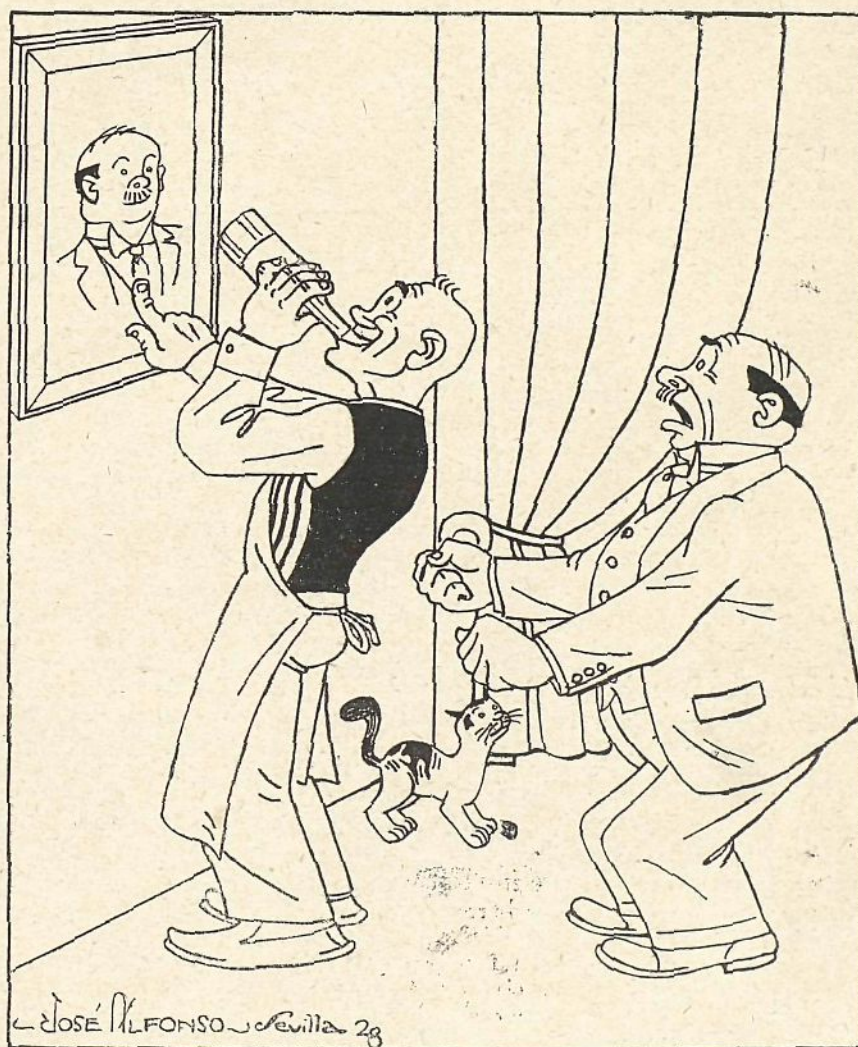
¿Era cierto? No sabemos. Eran ciertas otras cosas que parecían tan sorprendentes como esa.

Fué cierto, por ejemplo, que de la casa de Theotocopulos Cejuela salió de pronto, un día, de manera imprevista, cierta chimenea y que por la chimenea comenzaron a salir unos humos de mala catadura.

Hasta el Cabildo llegaron los humos.

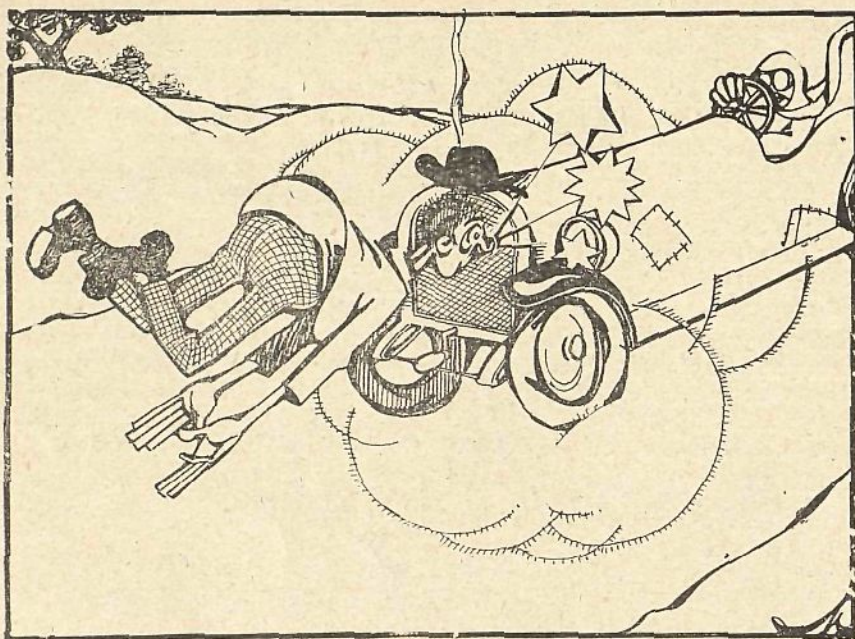
El Cabildo arrugó la nariz y notó olores tan de azufre, que se personificó en la propia casa de nuestro amigo Theotocopulos. Y se comprobó: Theotocopulos, señores, se dedicaba a la magia.

¿Por qué motivos ocultos llegó Theotocopulos a dedicarse al ocultismo? Quizás la erudición le sugirió la idea extraordinaria de acudir a los archivos más auténticos, a los archivos de los propios textos. Es, efectivamente, el único recurso radical que ha de reconcomer al erudito, presentándosele



Dib. JOSÉ ALFONSO.—Sevilla.

El criado (al retrato del amo).—¿No me dijistes que me bebía el vino por detrás de tí? ¡Pues para que veas, imbécil, me lo bebo delante de tus narices!



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

El automovilista.—¡¡Sí, señor!! ¡Es un "Amilcar"! ¡Pero no se acerque tanto para mirarlo que me empaña el radiador!!

siempre, a todas horas, como el "al higuí" supremo: el poder recurrir a Sisebuto, al propio Sisebuto, y a los arzobispos en persona para preguntarles por derecho y saber *d'après nature* —o *sur nature*— si es cierto o no lo que consta en los documentos.

Quizás fuera más bien que a Cejuela se le puso aquello en la chola por que sí, por fantasía.

La cosa es que Cejuela tenía en sus posesiones, a más de la cámara mágica, un gato y un administrador. El administrador era el hombre de confianza de la casa. Pero, de repente, un día descubren ¡ley fatal!, que el administrador administraba por el sistema general que llaman Partida doble, y que es "doble" porque lleva dos cuentas diferentes: una, la que se enseña a los niños, y otra, la que barre para dentro; y que se llama "partida" porque parte siempre en dos la fortuna que administra: una que el administrador se guarda sin rodeos y otra que se guarda poco a poco.

¡Qué sensación causó en Cejuela el descubrimiento administrativo!... ¡Qué hacer? ¿Ponerle en la puerta? ¿Dar la campanada gorda? ¿O enmudecer y dejarlo?

El gato, en éstas, bufó; dió tres vueltas y se erizó. Cejuela se quedó mirando al bicho, y ¡tras, tras, tras!, unos golpecitos en la puerta de su cuarto y el criado que le daba la noticia: el administrador había muerto...

Cejuela no dió un brinco, porque Cejuela no era hombre de prontos acrobáticos; pero alargó el brazo hacia el bastón con ánimo de largar al minino un estacazo. Para nuestro amigo dilecto era evidente que el alma del administrador estaba dentro del gato. Y eso, ¡no!... ¡Aguantar al administrador en forma semihumana!... De administrador era pasable—¡la fuerza de los años!—, pero de gato, no... Se dieron las órdenes precisas para que echaran al gato, y el gato administrativo

y algo metempsicósico no se hizo de rogar y desapareció súbitamente.

Pero, ¡ay!, algo peor ocurrió al siguiente día. Vino el coche mortuario a la hora convenida para el entierro; se llevó al administrador, y estaba el buen Cejuela gozando en medio del patio de las delicias semiárabes de una fuente, unas baldosas, unas macetas regadas y un atardecer andaluz, cuando aparece en el zaguán un hombre de chistera.

Cejuela se acerca, inquiere, responde el de la bimba, y Cejuela se entera de que le traen a casa otra vez al administrador difunto.

—¿Aquí ese? ¿Aquí otra vez ese?... ¡Que no!...

—¿Pero no es ésta su casa?

—Esta no es su casa: es la mía.

—¿Pero él no vive aquí?

—El vivía aquí, sí, señor, cuando vivía; pero, como ya no vive, no vive.

El hombre del coche no quería irse ni a tiros: como Cejuela no había querido acompañar al bribón recién fallecido, allá se lo había llevado el cochero sin más acompañantes ni más nadie; y a lo mejor se había detenido en el camino, esperando a la sombra de un ventorro que llegase la hora de la fresca. Y cuando la hora llegó y llegó al cementerio el difunto, no era ya la hora de los enterramientos y le habían dicho: "Atrás; vuelva mañana."

—Pues usted verá—decía Theotocopulos—, pero yo no le abro la puerta.

—¡Allá cuidaos! Yo lo dejo en el zaguán, y usted verá.

Theotocopulos Cejuela comprendió que aquel cochero era todo un carácter y que el administrador iba a pernoctar en el zaguán como tres y dos son cinco.

Entonces fué cuando el grande, el fenomenal, el ingente Theotocopulos tuvo un rasgo genial, uno de los rasgos más geniales de su vida.

—Bueno; pero, señor, ¿usted no es cochero?

—Sí, señor.

—Los cocheros, ¿no están para llevar a la gentes en su coche? Pues yo le pago por horas, y se está usted paseando a ese granuja hasta que llegue la hora de llevárselo al cementerio... ¿Estamos?... ¡Pues a ello!...

Y de este modo sencillo estuvo por las calles de Sevilla paseándose en coche durante catorce horas, el difunto administrador de Theotocopulos Cejuela.

MANUEL ABRIL

BUEN HUMOR
se vende en La Habana
en la Compañía Nacional
de Artes Gráficas y Librería, S. A.

¿Pero, hay billetes nuevos?

"Se han puesto en circulación nuevos billetes..." Tal leo en una publicación; pero añado, con perdón de ustedes, que no lo creo.

El que lo asegure, miente. ¿Que circulan? ¿Desde cuándo, que no se entera la gente? Y si es que están circulando será muy rápidamente.

Cuando ví ese sueltcito que bien claro manifiesta la intención del que lo ha escrito, mi bolsillo lanzó un grito furibundo de protesta.

Y me dije: —Los que dieron esa noticia sencilla, su alcance no comprendieron...— ¡Y a la protesta se unieron dos reales en calderilla!

¿Y quién no se ha de indignar al no poder comprobar que esos nuevos cinco duros circulan por ahí, seguros, mientras yo no puedo andar?...

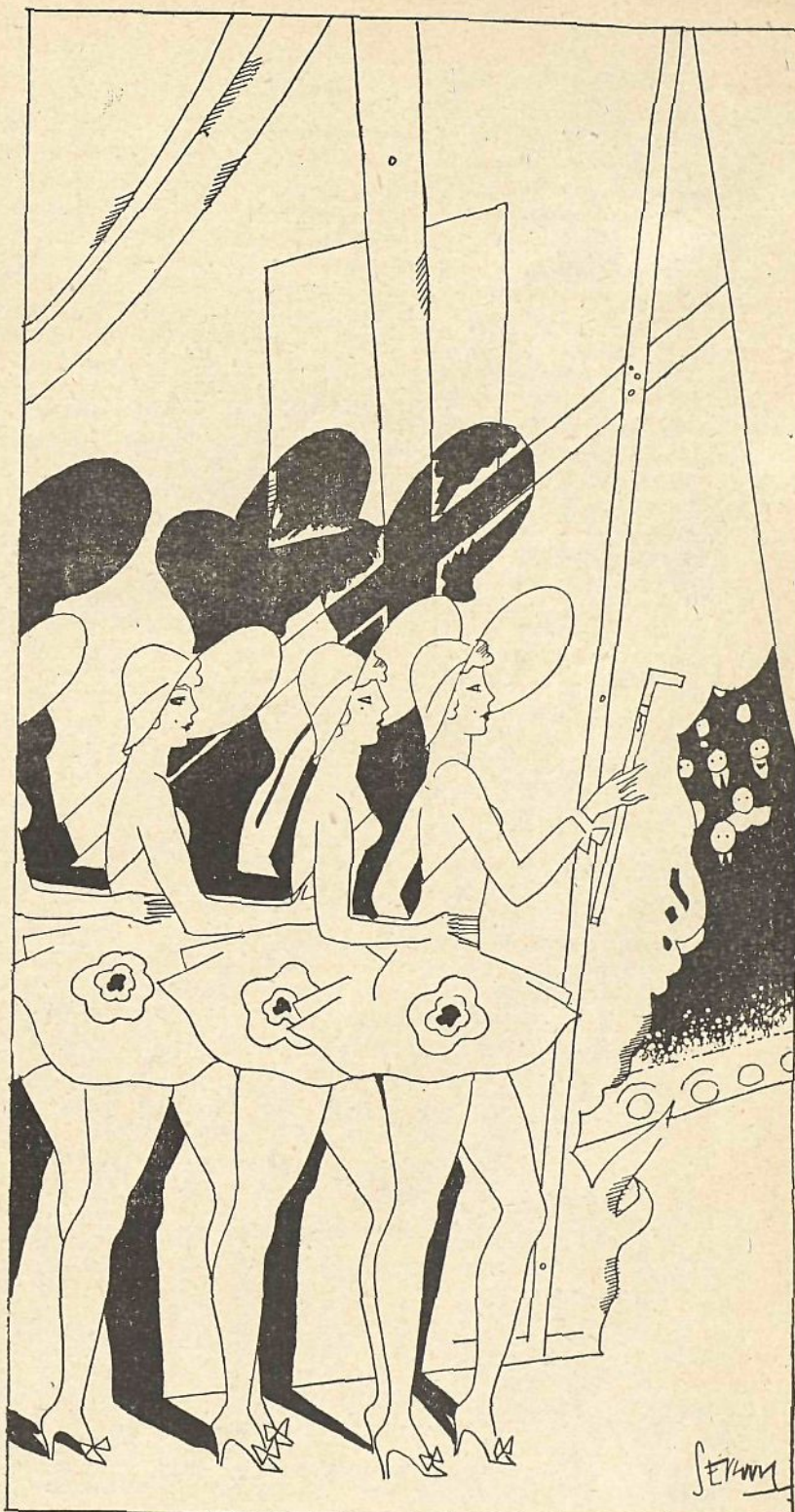
Si alguno necesité inútilmente esperé, aunque le dí largos plazos. ¡Son tan duros que hasta se resisten a los sablazos!...

Nunca sienten compasión y, aun no teniendo razón, de convencerles no hay modos. ¡Para mí son falsos todos, a juzgar por su intención!

¿Billetes nuevos? ¡Quimera!... ¡Y la Prensa no debiera engañar a los mortales! ¿Nuevos billetes? ¡Cualquiera juzga estas noticias reales!

Son noticias indiscretas... Son burlas y cuchufletas que nos roban la alegría ¡y hasta pueden algún día ofender a las pesetas!...

EL INTERESADO



Dib. SERNY.—Madrid.

LAS SEÑORITAS DEL CONJUNTO.

—Mi novio tuvo que dejar de venir a verme trabajar porque se le pusieron los ojos malos de tanto mirarme.

—¡Claro! Le daría la conjuntivitis.

LA SOMBRA

Verdaderamente era espantoso lo que a un servidor de ustedes Romualdo de la Cocotera, escritor humorista unas veces, poeta patético otras y empleado en una fábrica de zapatillas de orillo todas por la mañana, le acaeció.

Abusando quizá un poco de mi descriptiva, voy a narrarles este maravilloso e inverosímil suceso.

Erase una noche del mes de agosto. A la refulgente y deslumbradora luz de Febo, que se había ocultado a la hora del crepúsculo, como era natural, había substituído la débil y melancólica claridad de la luna.

Extasiado contemplaba el satélite desde la azotea de una linda casita que había comprado en el campo, situada entre Pinto y Valdemoro.

Abajo, sobre la verde pradera, una pareja de enamorados murmuraba no sé qué. El arroyo que corría más allá murmuraba también (a lo mejor de los enamorados). Se oía cantar al grillo; se escuchaba a lo lejos la plañidera copla del pastor que guarda sus ovejas (o sus cabras)... Y, en fin, ¿para qué seguir describiendo lo que allí se oía? El que haya estado una noche en el campo lo sabrá.

Recostado en una cómoda otomana, que al morir me había legado un pariente lejano (pues estaba en América) juntamente con una cisterna y dos pares de calcetines que solo se puso dos veces, respiraba con delicia y a pleno pulmón el aire embalsamado de

esencias campestres... Entre mis labios se consumía un cigarro; mi mano derecha agitaba con una cucharilla de plata, que me había guardado en el banquete de homenaje que diémos a X... el contenido de una taza compañera de la cucharilla, que era un riquísimo moka que me habían enviado desde el Nuevo Continente, con unas exquisitas peladillas de la India para que mejorara.

Pues sucedió que al inclinarme para recoger un terrón de azúcar que había caído al suelo, ví... ¡horror!... que mi sombra, si bien se proyectaba en el techo de la habitación de abajo por su parte de fuera (para no decir suelo dos veces) no obedecía a mi movimiento. Por el contrario, permaneció recostada en la butaca como si se hubiera olvidado de mi cuerpo. Algo mosqueado levanté un brazo, pero inútilmente. Mi sombra no se movió. Me levanté un poco más mosqueado aún, sin conseguir sacar a mi proyección de su éxtasis. Asustándome entonces eché a andar, luego a correr. Nada, todo inútil. Mi sombra no se movía. Me dejé y horrorizado quise gritar. De mi garganta partió un ruido semejante al mugido de un buey. Entonces ví que la sombra volvió la cabeza, que se levantaba perezosamente y que con paso tardo y vago se dirigía hacia mí hasta unírseme. Más tranquilizado corrí. La sombra me siguió... pero a los pocos pasos noté que se iba quedando atrás como rezagada. Al fin detuvo su carrera, y

dando visibles muestras de fatiga se dirigió a la butaca donde se sentó, no sin haber hecho antes un movimiento que quería decir poco más o menos: "¡Pero, hijo, si estoy derrengada!"

Un pensamiento cruzó por mi cerebro. Sí, mi sombra era vaga, extraordinariamente perezosa. Su actitud me lo demostraba.

Aquella noche no dormí. Y pueden ustedes figurarse cuál sería mi preocupación. ¿Estaría yo loco? ¿Habría sido víctima de una alucinación? No, no, yo estaba despierto, no estaba loco. Yo ví claramente que mi sombra se separaba de mí.

A la mañana siguiente entró la criada y no hubo manera de despertarme... Bien es verdad que estaba despierto, pues como ya he dicho no dormí en toda la noche.

Inmediatamente me lancé a la calle ¿Dónde me dirigía? Dudé si marchar a Alemania en busca de un doctor, o a San Martín de Valdeiglesias, donde me habían dicho vivía un brujo adivino. Me decidí por esto último y allí fui.

—Es muy extraño—me dijo al referirle mi aventura—. Yo, no obstante, estudiaré el caso y mañana le daré mi respuesta y mis instrucciones. Dígame antes su nombre y profesión.

—Me llamo Romualdo de la Cocotera y soy escritor.

—Muchas gracias.

Al día siguiente acudí, ya pueden figurarse con qué impaciencia.

—¿Ha descubierto algo?—trémulo pregunté.

—Creo haber encontrado la solución. Estamos en el caso de una sombra incorregible, perversa y perezosa.

—¿Usted cree? ¿Y cómo podría evitar?...

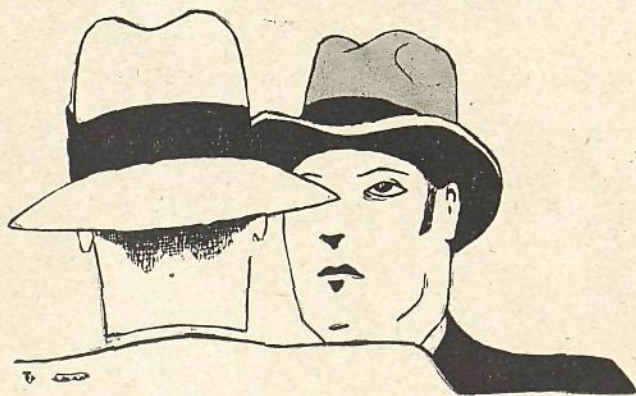
—Muy sencillo. No vuelva usted a escribir más.

—No comprendo.

—Después de estudios múltiples y de experimentos milés he sacado en conclusión una aseveración rotunda y categórica que no deja lugar a duda.

—¿Cuál?

—Que usted tiene muy mala sombra.



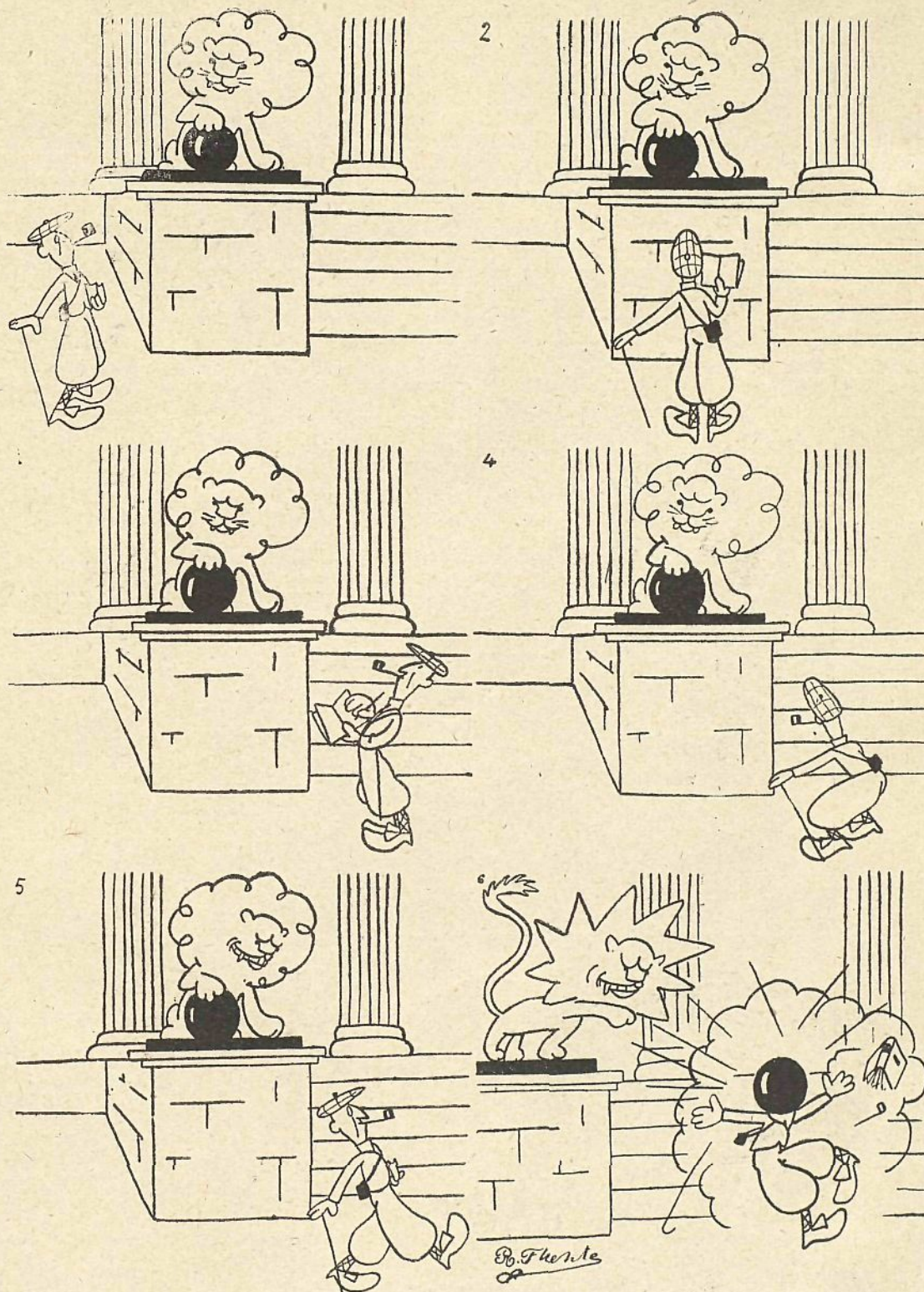
—¡Parece mentira que seas tan ignorante que no sepas que Barcelona es el primer puerto de España!

—¿Y qué tiene eso de particular?

—¿Cómo que no!, si eso salta a primera vista. ¿No has visto cuántos muelles tiene?

Dib. TATÁN.—Madrid.

José ESTREMERÁ



Dib. FUENTE.—Madrid.

EL INGLÉS Y EL LEÓN

Ayuntamiento de Madrid

El matrimonio Lostáñez

—Tú, que eres un trasnocchador incorregible—comenzó diciendo mi amigo—, nos habrás visto muchas veces caminar por la ciudad en las altas horas de la madrugada y habrás supuesto, al contemplarnos cogidos del brazo, e indiferentes para toda persona u objeto, que aún nos ensimismaba la pasión de los primeros días de casados.

—Ciertamente—asentí.

—Pues te equivocas. Voy a referirte mi vida nocturna durante estos dos últimos años. Así cesará tu enojo. ¿Crees, acaso que yo te veía? ¿Crees

que te veía ella? ¿Pensaste que nuestro gesto adusto y nuestro silencio, contra los que chocaban tus saludos, obedecían al deseo de apartarnos de las personas conocidas?... Desgraciadamente, nuestra conducta tenía otros motivos. Verás.

No ignoras que me casé con Adelaida por amor; pero lo que sí ignoras es que Adelaida adolece de un defecto capaz, por sí sólo, de romper definitivamente la tranquilidad de nuestro matrimonio.

Descubrí este defecto de mi esposa

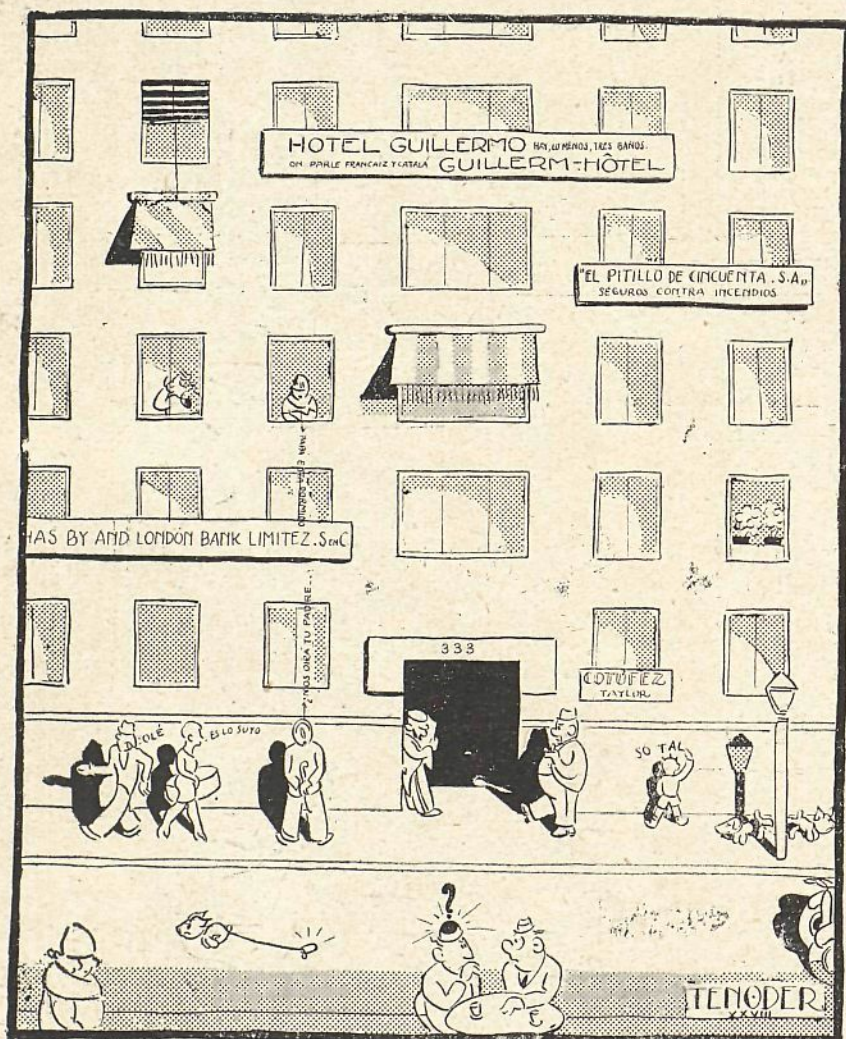
meses después de realizada la boda durante una noche de verano. Dormía yo, y, de improviso, un estrépito grande me hizo despertar y encender la luz. Inmediatamente advertí que Adelaida no estaba en el lecho ni en la alcoba. Temeroso de que pudiera haber sucedido algo, salté de la cama, crucé el pasillo y, una por una, fui registrando las habitaciones de la casa. Al fin pude hallarla en el comedor, ipero en qué forma!... Estaba subida sobre el trinchero, esgrimiendo un tenedor con la mano derecha, sujetando con la izquierda una bandeja de plata, cubierta la cabeza con una sobera, altivo el cuerpo y heroico el ademán, como si tratase de imitar a una estatua bélica. De vez en cuando gritaba:

—¡Muerte a los infieles! ¡Abajo los moros!

No hizo movimiento alguno que de mostrase que advertía mi presencia ni repuso a las preguntas que yo la dirigí.

Y tras de cuatro horas de increpar a los moros, de blandir el cuchillo y de escudarse con la bandeja, descendió del trinchero y tornó al lecho con una naturalidad indignante.

En noches sucesivas Adelaida me demostró que no solamente estaba dispuesta a persistir en su extraña conducta, sino que tenía capacidad imaginativa suficiente para dotar a ésta de una variedad tan sorprendente como aterradora. Mi esposa cruzó el proceloso mar del pasillo en la barca improvisada con el perchero y dos para-



Dib. TENODER.—Madrid.

—Yo he pagado por este sombrero cien pesetas, pero comprendo que es una tontería.

—¿Y has dado cien pesetas para tener una tontería más en la cabeza?



OROCREMA

FAMOSO JABÓN DE ALMENDRAS

ÚSELO Vd!

Es el mejor tratado de belleza de la piel

Es una producción de

LOS PERFUMES DE TASARA



BADALONA

guas; más tarde ejecutó arriesgados ejercicios de equilibrio y de fuerza con la ayuda de tres sillas; luego, llevada de un peligroso afán de imitación, paseó el tejado de la casa a cuatro patas y maullando; después descendió por el pasamanos de la escalera, en tanto que con la mano derecha simulaba la caza de animales salvajes; últimamente fingió ser un ladrón y rompió todas las cerraduras de los armarios, al intentarlas abrir con un sacacorchos... ¡Espantoso sencillamente espantoso! Porque, aparte el peligro a que siempre está expuesta y los destrozos que causa en el mobiliario, en los objetos, en el techo, en el suelo y en las paredes, lo malo es que, desde que descubrí que era sonámbula, me dediqué, temiendo por su vida, a vigilarla durante las noches, y como por el día no puedo descansar por mis muchas ocupaciones, no dormía absolutamente nada y estaba a punto de morir de cansancio. ¿Comprendes?

—Comprendo todo, querido Lostáñez y te compadezco—dijo con voz triste y gesto compungido.

Lostáñez recogió mi gesto para rechazarlo con una sonrisa.

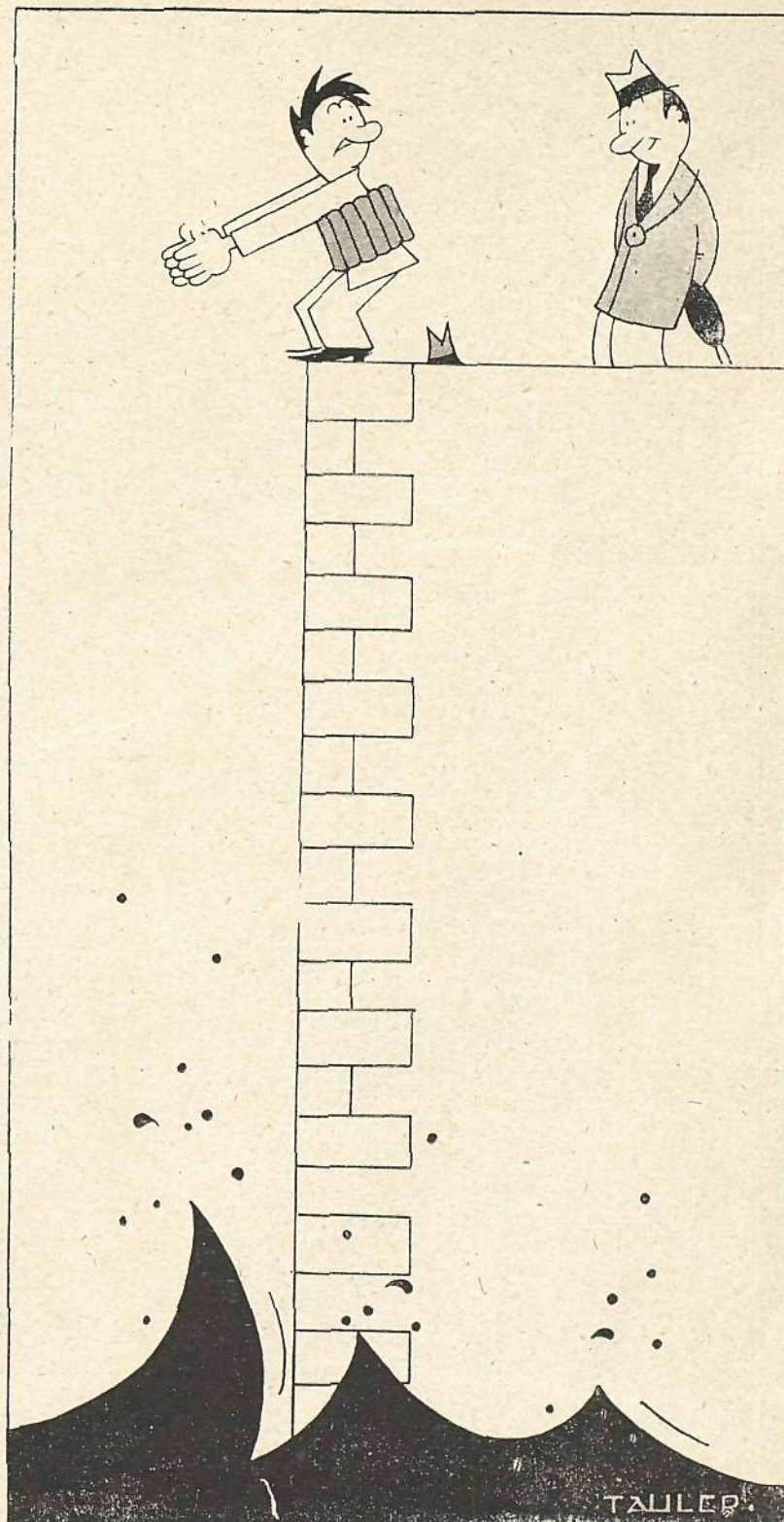
—No me compadezcas ya—me advirtió—; antes, sí; pero ahora... Ahora soy feliz. El sonambulismo de mi esposa nos ha unido aún más. Yo también soy sonámbulo, por contragio, ¿sabes? Y estoy encantado. Gracias a mi sonambulismo puedo dormir por las noches y al mismo tiempo acompañar a mi esposa en sus aventuras bélicas, cinegéticas y exploradoras. Nos acostamos vestidos, dispuestos para salir a la calle, y cogidos del brazo. Por eso tú nos has visto pasear, indiferentes al frío y al calor, a las personas y a los objetos, durante las altas horas de la madrugada. Pero no creas que salimos todas las noches; la mayor parte de ellas nos quedamos en casa o nos limitamos a dar una vueltecita por el tejado.

Hizo una pausa y acrecentó su sonrisa.

—Esta noche—añadió alegremente—me parece que la dedicaremos mi esposa y yo a la caza de un león salvaje que anda suelto por la casa. No sé por qué estoy seguro de que lograremos atraparlo detrás del armario de luna, que es donde acostumbra a esconderse.

Me tendió la mano, la estreché calurosamente y le deseé sinceramente un éxito en la cacería nocturna.

José SANTUGINI



—¿Va usted a suicidarse?

—Sí, señor.

—Entonces ¿para qué se pone salvavidas?

—Para no ahogarme.

Dib. TAULER.—Madrid.

Lo mejor que puedes hacer—me aconsejó mi amigo, en cuanto le hube expuesto mi propósito de realizar un viaje—es sacar un kilométrico.

—¿Tú crees?

—Sin duda alguna.

Lo dijo en un tono tan seguro, que me convenció. Por otra parte, mi amigo ha recorrido durante treinta años, en su cualidad de viajante, todos los rincones de España. Conoce con maravillosa precisión las horas de salida y llegada de los trenes. Los enlaces, todas esas combinaciones misteriosas que sólo han podido comprender media docena de privilegiados, que han fiado más en su observación personal que en la Guía de ferrocarriles. Sabe en qué fonda conviene comer y en cuál conviene beber. Posee el secreto de todas las ciudades y de los pueblos miserables, sus peculiaridades culinarias y sus distracciones características.

No es extraño, pues, que su opinión pesara sobre mi ánimo, decisivamente. Y, resuelto a seguirla a todo trance, procuré recoger de sus labios una orientación eficaz.

—¿Entonces—lo pregunté capciosamente—cuántos kilómetros debo sacar?

—¡Hombre! ¿Qué sé yo! Según...—respondió con vaguedad.

Yo no tenía la más ligera idea de lo que pudiera ser una cifra corriente en esta clase de asuntos, y me resistí a dar una cualquiera.

—Pero, en fin—le apremié concretamente—; tú dime un número, algo que pueda servirme de norma...

—No sé, no sé—eludió con habilidad—. Es tan elástico...

—Bien—decidí, ya fatigado de aquel duelo trivial—. Pongamos cien mil kilómetros. ¿Eh? ¿Qué te parece?

Mi interlocutor dió un tremendo salto en su asiento y abrió unos enormes ojos, en los que se reflejaba la estupefacción.

—¡Cien mil kilómetros!—repitió—. Pero, ¿tú sabes lo que dices?

Comprendí que había ido demasiado lejos y me apresuré a rectificar:

—Realmente... Fué un error. Hazte cargo... No quise decir tanto. Ya sé que con cincuenta mil se puede hacer un viaje decente.

—Y con bastantes menos—acaré mi amigo.

—¿Quinientos acaso?—rebajé, muy amoscado.

—Algo más.

—¡Ah, vamos! Si...—concluí desesperado, por decir algo.

Y me separé de él con el mismo terrible desconcierto que al principio.

Claro es que un motivo así no podía torcer el firme propósito que me había trazado ya. Viajar fué siempre el sueño más bello de mi vida; y ahora que, providencialmente, cayeron unos duros en mi bolsillo, nada ni nadie lograrían evitar que cumpliera mi deseo.

Provisto de las oportunas fotografías, me dirigí a la oficina de ferrocarriles. Me aproximé a la ventanilla y expuse mi propósito al empleado con familiaridad, como si jamás hubiese hecho otra cosa:

—Un kilométrico...—dije displicentemente—. Sí... Ya sabe usted... ¡Lo de siempre!

El empleado me observó, visiblemente desconcertado:

—¡Lo de siempre!—exclamó—. No entiendo, caballero.

—Sí, hombre, un kilométrico... ¿No se haga usted de nuevas!

Y añadí para demostrarle que no podía ocultármelo: —Si los está usted despachando todos los días!

El hombre de la ventanilla permaneció unos segundos silencioso, y en el temblor convulsivo de sus labios se adivinaba la agonía de una tragedia interior. Al fin, con voz pausada y fría—voz de reglamento—explicó.

—En efecto, caballero. Llevo despachados muchos kilométricos. Pero usted sabe que los kilométricos varían; ni todos son de la misma clase, ni al-

El kilométrico

canzan el mismo recorrido, ni tienen, por consiguiente, igual precio.

—Evidente—confirmé con tal aplomo, que el empleado se creyó obligado a esbozar una sonrisa de gratitud

Y comenté:

—Ya que se lance uno a viajar, viajar cómodo.

—Es verdad—reconoció—. ¿Número de kilómetros?

no había dicho un disparate, y aventuré:

—Yo creo que con eso habrá bastante.

—Según...

—¡Hombre, claro! Podían ser más o menos...

Empecé a darme cuenta de que pisaba un terreno resbaladizo:

—En fin—precisé—. ¿Cuánto es esto?

—Tantas pesetas

—Como estas.

Y me marché.

Había pedido quince días de permiso, en mi oficina, y, con el consiguiente alborozo, tomé el tren. Realmente, nada hay tan interesante como viajar: se descubren horizontes nuevos, se conocen otras gentes, otras costumbres... Ahora comprendía lo absurdo de mi existencia cotidiana, observando las mismas caras, trabajando en el mismo diario y monótono esfuerzo... Sentía una ansia turbulenta de moverme de andar de un lado para otro. Todo me parecía bello, magnífico y radiante.

Me detuve en lugares humildes y visité grandes ciudades. Al expirar los quince días, me reintegré a la oficina. Mi entrada en ella fué como una ráfaga de aire fresco y tonificante... Los compañeros me recibieron jubilosamente, con una secreta sonrisa de envidia.

—¡Bien venido al viajero!

—¿Qué tal? ¿Qué tal por ahí?

—¡A ver! ¡Que cuente!

Conté. Y durante dos, durante tres meses, no se habló de otra cosa, en el

rutinario recinto, que de aquella escapada mía a un mundo que todos deseaban.

Entonces fué cuando la tragedia comenzó a entenebrecer mi vida. Porque yo había consumido solamente dos mil kilómetros, y era preciso, a toda costa, consumir los ocho mil restantes... Sí, el hecho de subir al tren, el importe del billete, no me preocupaba; pero, ¿y los gastos de fonda? ¿Y las distracciones? ¿Y esas mil chucherías que tiene todo viajero la obligación de adquirir?

Después de largas cavilaciones, acudí al cajero de mi oficina. Una hábil mentira me facilitó un anticipo de dos meses de mi sueldo. Conseguí un nuevo permiso y partí.

Al volver todavía me quedaba un remanente de dos mil kilómetros. Y esta cifra endiablada causó mi perdición. Pasó el tiempo y yo veía que el plazo de vigencia del kilométrico estaba a punto de expirar. Era ya, más que nada, una cuestión de amor propio, de dignidad agotarlos. Los trenes estaban a mi disposición, salían a horas fijas, como esperando que a mí me diese la gana de subir a ellos...

Y ya no vacilé más. Me dirigí al gerente y solicité una nueva licencia. El gerente no supo disimular su asombro:

—¡Imposible! Ha utilizado usted en menos de un año, dos permisos.

—¿De manera que no puedo contar...?

—No.

Hizo un gesto de resignación. Dijo: —A menos que usted se marche de la casa...

Hubo una pausa dramática. Al cabo, decidí:

—Me marcho.

Tomé mi kilométrico y me fuí a la estación. Cogí un tren cualquiera, al azar. Luego, cuando hube recorrido la distancia justa, tiré el billete por la ventanilla del tren, con un suspiro de alivio...

PEDRO GARCIA VALDES



Dib. BORSALINO BADANAS.—Madrid.

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU SOMBRERO

—Pues entonces...—inquirió—usted tendrá la bondad de decirme de qué clase lo desea.

—Deme uno de primera.

—Pues... ponga usted... diez mil.

Examiné con inquisidora atención el rostro del empleado, que permaneció impasible. Quise cerciorarme de que

Para un manual de psicología

Las fases del amor

11 de septiembre de 1927.

EL (que está concuyendo un largo párrafo).—...y no veo más resplandor que el de sus ojos, ni oigo otra música que la de su voz, ni concibo un perfume que no sea el de sus cabellos...

ELLA (abriendo los ojos burlonamente).—Pero, amigo mío, eso es una declaración en toda regla.

EL (confuso).—Lámelo usted como quiera.

ELLA.—Hasta ahora, esas cosas sólo me las habían dicho por carta...

EL.—Sí. Es la costumbre. Los Servicios Postales viven gracias a las cartas de amor que escriben los hombres a las mujeres y a las peticiones de dinero que dirigen los hijos a los padres. En fin... (golpeándose un zapato con el bastón) ya comprendo que ha-

go mal exigiendo una respuesta inmediata, pero no sabría esperar... (Con una mirada profunda.) ¿Es que no querría usted ser nada mío?

ELLA (con la soberbia del vencedor que siempre dicta frases humillantes).—¿Por qué no? Sí querría ser algo suyo. Querría ser su viuda.

23 de septiembre de 1927.

EL.—No. Ya no aspiro a nada, por que no creo que usted pertenezca a ese grupo de mujeres que se niegan por la vanidad de negarse.

ELLA.—Ciertamente que no pertenezco a ese grupo. (Suspirando.) Sin embargo... Como probar el amor de un hombre no es fácil...

EL (avanzando un paso).—¿Decía usted?

ELLA.—Decía que no puedo acordarme desde ayer, por más esfuerzos que hago, del año en que se verificó el descubrimiento de América.

EL (secamente).—1492.

ELLA (dulcemente).—¿1924?

EL (mucho más secamente).—1492.

ELLA.—¡Ah! (Suspirando, otra vez, después de una pausa.) ¿Quién cree usted que ama mejor, el hombre o la mujer?

EL.—Los pies rojas. (Se vuelve de espaldas.)

ELLA (sonriendo).—Es usted un niño... Es usted incapaz de ocultar un pensamiento... ¿Por qué no me dice de una vez que me quiere?

EL.—Se lo he dicho a usted setenta y seis veces.

ELLA.—¿Es posible?

EL.—¡Chas! (Esto quiere decir que la ha abrazado de pronto y que la ha colocado un beso. Después de hacerlo, retrocede confuso.) Ha sido una locura, un...

ELLA.—Ha sido un beso. Pero ¿por qué los hombres nos dan ustedes siempre el primer beso en la comisura izquierda?



Dib. BERNARD.—Paris.

ELLA.—No hay manera de entenderte; unas veces piensas como un hombre y otras como una mujer.

EL.—Eso es una cosa hereditaria. La mitad de mis antepasados fueron mujeres y la otra mitad hombres.

BRILLANTINA **EMILMAT**
LO MEJOR CONTRA LAS CANAS

15 de octubre de 1927.

EL.—¡Oh! Pensé que no venías... Me has hecho sufrir mucho...

ELLA.—¿Sí?

EL.—Traes un sombrero precioso. Estás encantadora.

ELLA.—Pues a mí me parece que no estoy bien...

EL.—¡Qué tontería! Ninguno te hace tanta gracia como ese... Yo mismo te lo quitaré... (Se lo quita y lo deja con la suavidad con que se deja un merengue, sobre un mueble cualquiera.) ¡Y el vestido es magnífico!

ELLA (pavoneándose).—¿Tú crees?

EL.—¡Maravilloso!

ELLA.—¿Me trajiste cigarrillos?

EL.—¿Qué pregunta! Ahí los tienes.

ELLA.—¡Oh! Abdullas del 28... ¡Te has acordado hasta de "mi" marca! ¿Los zapatos, te gustan?

EL.—Me enloquecen.

ELLA.—¿Y el bolso?

EL.—Es lo más genial que se ha lanzado al mercado. ¡Parece mentira que se construyan cosas tan estupendas!

Etc., etc.

26 de diciembre de 1927.

EL.—Pero, hijita, ¿por qué has de hacerme esperar siempre? Me he leído un tomo entero de *Episodios Nacionales*. Haz el favor de pensar en lo aburrido que es estar solo, esperando, mujer...

ELLA.—Perdona; es que tomé un taxi que era una chocolatera. ¿Qué

tal? ¿Me sienta bien este sombrero?

EL.—Sí. Te sienta bien. (Ella se quita el sombrero.)

ELLA.—Pero ¿bien por cumplir, o bien de veras?

EL.—Bien, mujer, bien; no voy a andar ahora con cumplimientos.

ELLA.—No me dices nada del vestido.

EL.—Es bonito.

ELLA.—Me ha costado cuatro veces más que los zapatos. ¿Adivinas?

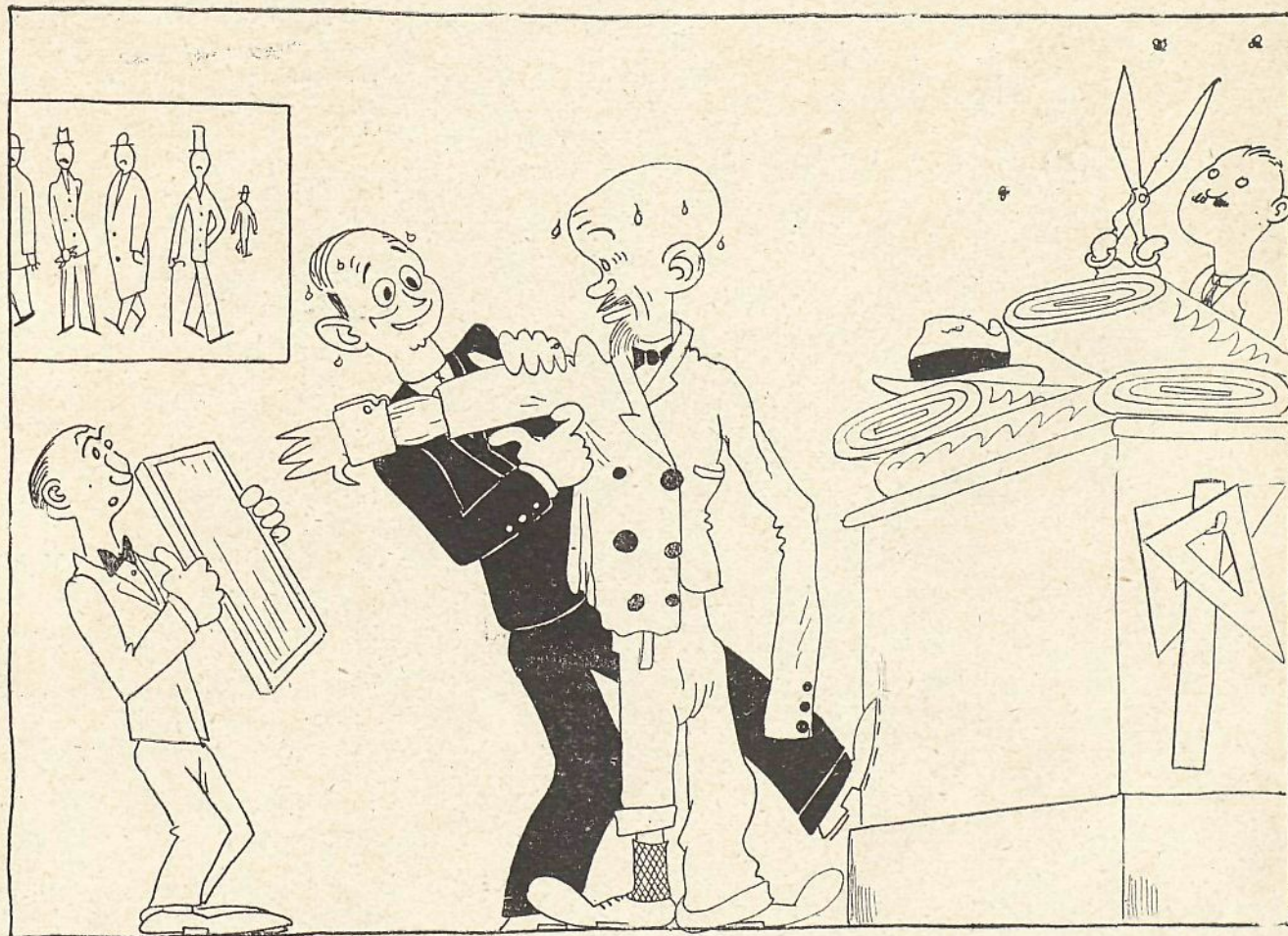
EL.—Criatura, yo no soy tasador...

ELLA.—Pero los zapatos ¿te gustan?

EL.—Sí. ¿A cuántos estamos hoy, oye?

ELLA.—A veintiséis.

EL.—¿Qué largo se me hace este mes! (Hojea el calendario.)



Dib. QUINCITO (o'15).—San Rafael.

El cliente.—Sobre todo que no se note la sisa.

El sastre.—No tema, he sido cocinero durante seis años.

ELLA.—¡Anda! ¿No me trajiste cigarrillos?

EL.—No me acordé. Pero los míos no son malos...

ELLA.—¡Quita, por Dios! Son fortísimos...

EL.—Tienes unas manías... ¿Qué más dará unos que otros?

4 de febrero de 1928.

ELLA.—Te estoy esperando desde ¡las cinco!...

EL.—Sí; me he retrasado.

ELLA.—¿Dónde estuviste?

EL (desdoblando un periódico y repasándolo).—Por ahí... (Una pausa.)

ELLA.—¿Qué leías?

EL.—Nada determinado... (Deja el periódico, se pasea silbando y por fin se sienta en una butaca.)

ELLA.—¡Ay!! Levántate...

EL.—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esos gritos?

ELLA.—¡Te habías sentado encima de mi sombrero y es nuevo, hombre!...

EL.—¡Ah! No me había fijado.

ELLA.—¿Te gusta? ¿Y el vestido? ¿Y los zapatos?

EL.—Hija mía, no piensas más que en los trapos. Antes no eras así.

ELLA.—Pues tú serás el que me has cambiado.

EL.—¡Bueng! No quiero discutir... (Con un gesto de contrariedad.) ¡Vaya por Dios!

ELLA.—¿Qué te ocurre?

EL.—Se me han acabado los cigarrillos y no me he acordado de comprar.

ELLA.—Toma. Yo tengo aquí.

EL.—Me fastidia este tabaco turco; pero, en fin... (Enciende un cigarrillo.)

10 de abril de 1928.

"Sr. D. EL...

¡Esto es intolerable! Hace quince días que no consigo echarte la vista encima. Es preciso que nos veamos para poner fin a esta situación irresistible. Te espero el sábado.—Tu ELLA."

18 de abril de 1928.

ELLA.—Ya era hora, hijo mío... Dichosos los ojos.

EL.—Te advierto que si pretendes hacerme una escena, me voy.

ELLA.—Tú te has cansado de mí...

EL.—¿Ya estamos con la canción de siempre?

ELLA.—¿Es que ya no quieres ser nada mío?

EL.—¿Por qué no? Querría ser tu viudo.

ELLA.—¡Dios mío! ¡Dios mío! (Una hora de llanto torrencial.)

EL (logrando por fin consolarla).—

Ea, no hay que ponerse así... Si yo te quiero todavía, mujer... (La besa rápidamente, ligeramente.)

ELLA (pensativa). — ¿Por qué los hombres nos darán siempre el último beso en la comisura derecha?

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. SORAVILLA.—Madrid.

—Mira, hijo: si eres bueno esta semana, el domingo te llevaré a que me veas sacar la entrada de los toros.



—No veo la ventaja de venir al campo huyendo del calor. Hace aquí más que en la ciudad.
—Sí; pero no se lo dice a uno tanta gente.

Alrededor del Mundo

CURIOSIDADES Y RAREZAS

Seguramente ignorarán ustedes por qué razón a la Primavera se le llama Primavera; y, sin embargo, se le llama Primavera por algo, lo mismo que a ciertos socios se les llama morrales porque lo merecen.

Vamos, pues, a aclarar este asunto.

Se llama así a la estación florida (que no hay que confundir con la estación del paseo de la Florida, que es la del Norte), se la llama así, repetimos, porque es la época en que los novios y las novias disparatan más a gusto. Las felices parejas se enlazan amorosamente en los jardines, en los bosques, en las florestas y en los cafés oscuros (o sea en los que no son de color café); y como, en estas amantes aproximaciones, la mujer acaba siempre por ser una prima, de aquí el nombre de la estación. Se llama Primavera porque es cuando el hombre está a la vera de la prima...

¿Ven ustedes de qué manera tan conmovedoramente fácil lo explicamos aquí todo?

Pues ahora, envalentonados con el éxito que acabamos de tener, vamos a ser tan amables que les vamos a decir a ustedes también por qué el mar se llama el mar.

¡Atención, que esto es gordo!

El mar se llama así porque no se podía llamar de otra manera. Cuando el mar fué bautizado (cosa un poco extraña, porque el mar no podía agradecer el agua del bautismo que para él es una minucia despreciable); pues cuando el mar fué bautizado, volvió a decir, se tuvo en cuenta su tamaño formidable y se le llamó la mar.

Y se le llamó la mar porque lo era.

O, para que lo entiendan ustedes mejor, porque aquello que se pretendía nombrar era la mar de agua.

¿Que hoy se dice el mar en lugar de la mar?... Ya lo sé, pero es que desde los lios de la guerra europea no sabe nadie lo que se dice.

Recuerden ustedes que antes de esa dolorosa fecha decíamos todos:

El cielo está sin nubes
y azul está la mar.

Y todavía hoy lo sigue diciendo la mar de gente.

Insistiendo en este tema tan agradable, quisiéramos también decirles a ustedes por qué al rápido de Lisboa se le llama rápido.

Pero, ¡ay!, esto no lo sabemos.

Aunque seguramente es por ganas de exagerar, porque el susodicho rápido tarda lo suyo, a pesar de que dicen

que las ruedas de la locomotora hacen trescientas revoluciones por minuto.

Pero, ¡claro!, para Portugal son pocas revoluciones.

Esos honorables ciudadanos que en verano se colocan unas gafas con los cristales de color de caramelo son los que tienen las miradas más dulces que se conocen.

No sabemos de ningún guardia de Orden público que, obligado a dejar su cargo, se haya dedicado después a picador de toros.

La cosa es fuertemente lógica.

Se conoce que los guardias piensan que empezar a picar cuando ya no son *quindillas*, resulta un absurdo que puede prestarse al choteo más asombroso y morrocotudo.

Absolutamente todos los turistas que visitan el lago Salado, experimentan un desencanto de a folio, al ver que no les hace la menor gracia ni les produce hilaridad ninguna.

¡Y es que ser Salado (con mayúscula y todo) y no tener salero, es una ignominia que se debía hacer constar en las agencias de viajes!

Uno de nuestros numerosos lectores, con una inocencia de verdadero párvulo de nacimiento, nos escribe diciéndonos que ha descubierto una co-silla que seguramente nos dejará atontados y hasta algo estúpidos para el resto de nuestra festiva existencia. Y resulta que lo que ha descubierto el buen señor es la controversia siguiente: ¡que no es lo mismo un canario flauta que un flauta canario!

Desde luego, tiene mucha razón. No es igual trinar en una jaula y tener alas amarillas, que tocar la flauta en la orquesta del teatro Romea y ser natural de Santa Cruz de Tenerife. Pero, para que nuestro ilustre comunicante no presuma de ese hallazgo, le



Dib. ARANA.—Madrid.

—Oye, ¿tú por qué estás siempre regañando con tu novio?

—Porque me ha tomado por el Banco de España y siempre está con imposiciones.

diremos que nosotros tenemos anotadas desde el año de la señora Nana las siguientes diferencias que han escapado a su penetración:

No es lo mismo un abrigo de señora que una señora de abrigo.

Es completamente distinto tres pesetas tomo que tomo tres pesetas.

No hay ningún parecido entre un cura conservador y una cura radical.

Hay una diferencia sensible entre corre el oso y anda la osa.

Es absolutamente opuesto un prim difunto a un tío vivo.

No tiene nada que ver Urganda la Deseconocida con hurgando lo conocidísimo.

No hay ninguna relación entre un paja de nueve pesetas y nueve pesetas de paja.

No es lo mismo la Santísima María que m'haria la santísima.

Y, finalmente, no es igual treinta y cuarenta que siete y media (aunque en ambas juergas numéricas se suele perder el mismo dinero).

Suponemos que ese lector bajará los ojos, aterrado ante nuestro talento, y no volverá a querernos achicar con observaciones de tan infimo precio.

Hay en Maguncia un manicomio modelo, que posee un reloj de torre estupendo y tan artístico que da la hora aunque no sea hora de darla.

Y lo raro es que uno de los dementes del establecimiento es el encargado de dar cuerda al reloj.

Nos extraña de un modo horripilante que, contagiada por el loco, la cuerda no haya dejado de ser cuerda a estas fechas y no se haya vuelto mochalles también.

Si Eugenio d'Ors publicase sus profundos artículos en el desierto de Sahara, el desierto se quedaría más desierto todavía.

Camellos muertos, cincuenta y cuatro.

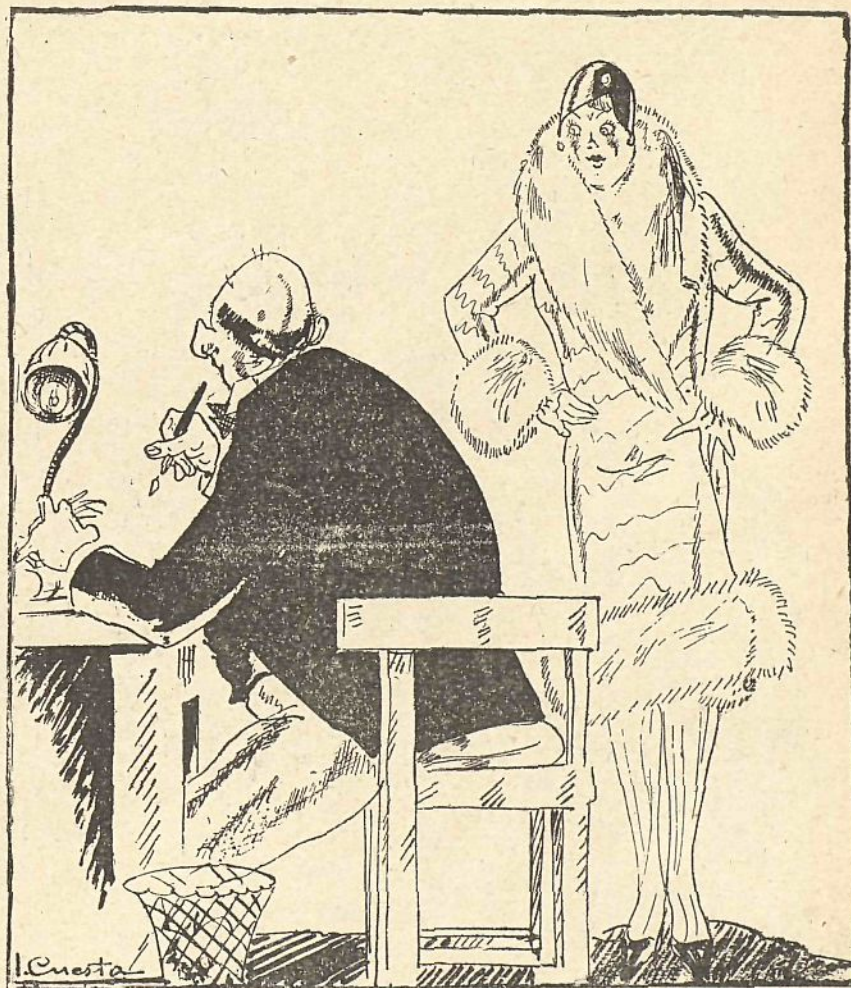
Aunque llevasen peto.

Hay suegras malas y suegras buenas, hora es ya de decirlo con voz muy alta y relativamente argentina. Pero se da un caso algo fastidioso: que los yernos se han empeñado en no pasar



Monieur Dupera. — ¿Qué le pasa a usted querido, que echa esos sagrimones? El hombre que se traga las estopas encendidas. — Nada, que estoy aprendiendo a tragarme el humo.

Dib. TRÉS VARÉS.—Damesnil-sur-le Pontu (France).



Dib. CUESTA.—Paris.

—¿De modo que insiste usted en pedir el divorcio?
—Desde luego. No es un marido como los que yo acostumbro a tener.

por ninguna de las dos clases, o sea que no se convencer ni por las buenas ni por las malas.

Y cuidado que, con una mamá política, el que no se convence por las malas es un suicida épico...

Hay una población en el mundo donde convendría que la gente procurase no morir, a ser posible, pues da la triste y rimbombante casualidad de que, si se fallece allí, hace uno sin querer un chiste tan indigno que es para que le maten, si no se hubiera uno ya muerto con antelación.

Esta población a que me refiero es Palma de Mallorca, y el chiste fúnebre y lamentabilísimo es el que con perdón (seguramente sin perdón) de ustedes expongo acto seguido:

Que el que la diña en Palma de Mallorca resulta que palma en Palma.

Y si es una joven soltera (¡que no lo quiera Dios!) palma en Palma y la entierran en Palma con palma, lo cual ya es un abuso de la palabra que ni Melquiades Alvarez, en sus buenos



La señora (con tono protector).—Me he enterado de que tu mamá está muy enferma. ¿Puedo hacer algo?

La hija.—Sí, señora; hay que partir leña, lavar el piso, echar de comer a los pollos y limpiar el chiquero.

De The Humorist.—Londres.

tiempos tribunicios, fué capaz de perpetrar.

El mejor negocio de Siberia es la venta de pastillas para la tos.

Porque es que las compran tós.

Tós los que tienen tos.

¡Y perdonen ustedes el insensato capicúa!

Cuando un extranjero se quiere nacionalizar en Suecia, tiene que pagar una respetable cantidad en francos para los gastos del procedimiento.

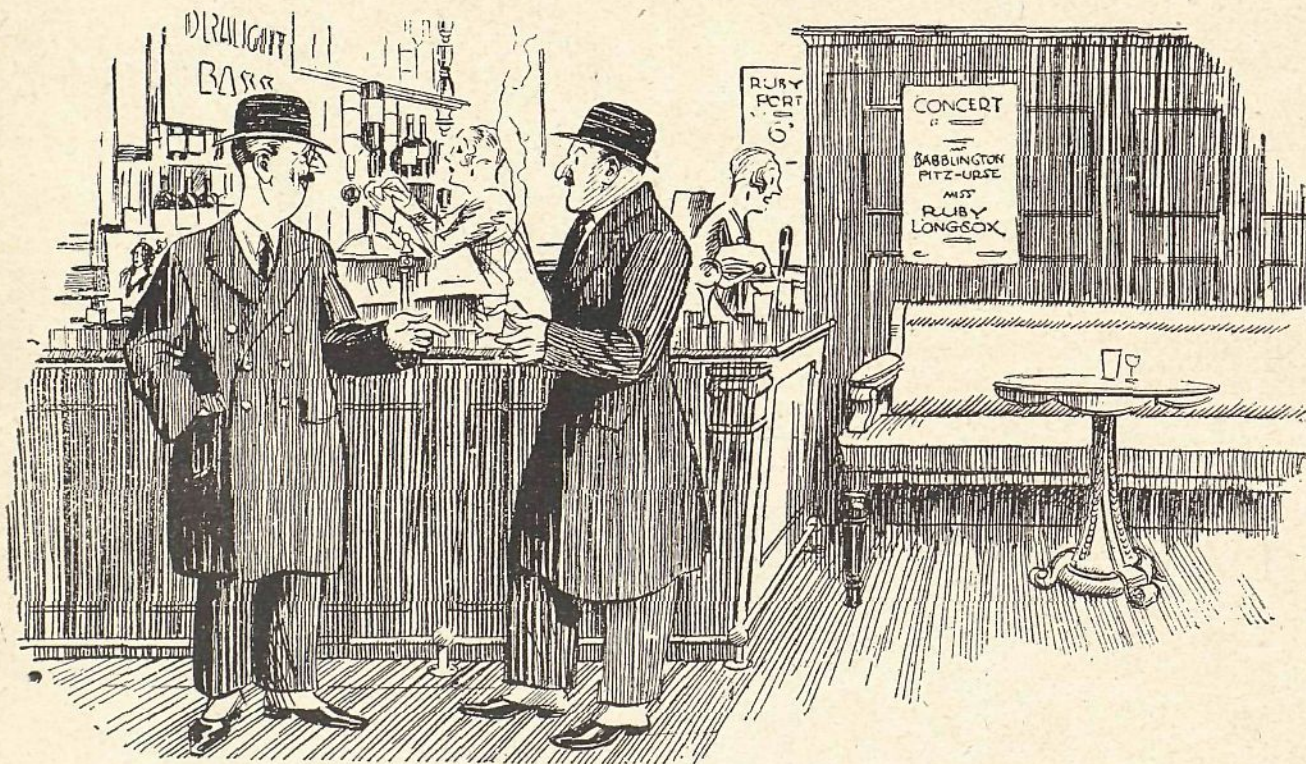
Cosa que en España nos resulta inconcebible, pues aquí el que se hace el sueco es precisamente con el noble fin de no soltar una peseta cuando se la piden.

El día que Cagancho toreó miuras por primera vez, abonó a su lavandera doscientas cuarenta y seis pesetas con ochenta céntimos.

Y además dijo a sus íntimos que había sido una cosa baratísima.

Se conoce que quería justificar bien el apodo...

ERNESTO POLO



—Tengo un disgusto enorme. Mi mujer se ha escapado con el "chófer".

—No te preocupes. Mi madre ha vendido el "auto" y su "chófer" está sin colocación.

De London Opinion.—Londres.

DEL BUEN HUMOR AJENO

ANA MARIA, por Jean Benot

En el centro del pueblo en calma, en una nube de polvo, paró el auto majestuosamente. Era una linda limusina, de la cual descendió un hombre joven.

No lejos de allí atisbaban las comadres.

—¡Virgen!—exclamó la tía Lebec—. ¡Si es el chico de Juan Biquet!

—No es posible.

—Que sí, que lo he visto bien.

Y era, en efecto, el joven Claudio Biquet, hijo del difunto cazador furtivo. Se había oído decir vagamente que, especulando con los "stocks", había logrado reunir una fortuna importante. Pero a nadie había dado cuenta de ello, y era ésta la primera vez, desde 1914, que se le veía en el país.

¡La vuelta era sensacional!

Mientras que los chicos, embobados, contemplaban el carruaje, acercándose despacio para verlo mejor, el grupo de viejas hacía conjeturas acerca de este regreso inopinado.

—Tal vez venga a comprar el castillo de la Monchette.

—No. Yo creo que el muchacho tiene ambiciones, y ahora que es rico querrá ser diputado.

—¡Cá!

—¿Entonces...?

—Si me creéis a mí, lo que le trae al pueblo es el amor.

—¿La hija de Pentazec, quizás?

—Sí, la linda Ana María. Siempre la quiso mucho. Acordaos, antes de la guerra, cómo le hacía la rosca aun corriendo el riesgo de que el padre le diera un puntapie.

—En aquel tiempo la moza podía aspirar a algo más alto. El padre soñaba con que se casara con el hijo del almacenista de harinas.

—Pero se quedó soltera.

Claudio Biquet había entrado en el hotel de viajeros.

Se supo por la criada que había tomado café con leche, fumado un enorme cigarro con sortija dorada y pagado su consumición con un billete de a mil.

Algunos minutos después corrió el rumor de que Claudio había venido para ver a Ana María.

—¿Qué os decía yo?—decía triunfalmente la tía Lebec.

Y olvidando sus setenta años, sus varices y su sopa, que se perdía sobre

la lumbre, corrió a casa de Pentazec de todo, me aburro; me falta una compañía.

—Comprendo.

—Hace algunas semanas decidí tomar mujer, y me caso en noviembre.

—¿El mes que viene?

—Eso es. Haré con mi esposa un viaje por España y volveré a París, en donde los negocios me requieren. Todo está dispuesto para la ceremonia. Mi casa, instalada. Sólo me falta una cosa. ¿Consentiría Ana en dejar a su padre para venir a vivir a París?

—¿Si consentirá? No sé que decirte. Yo, por mi parte, doy el consentimiento. Ahora tú arréglate con la chica. Voy a llamarla y habláis. Hasta ahora.

Ana María se hizo esperar. Para presentarse delante de Claudio se arregló los cabellos, se echó sobre los hombros el chal de los domingos y se calzó sus zapatos nuevos. El nuevo rico, al verla entrar, se levantó un poco contrariado. Dándole la mano dijo:

—¿Tu padre te ha hablado?

—Sí.

—¿Y qué?

—Estoy un poco aturdida.

—¿Por qué?

—Que tú te acuerdes de mí después de lo pasado...

—¡Bah! Eso ya pasó a la historia. Entonces yo era un muchacho. No tiene importancia que tu padre me echara. ¿Quién se acuerda de eso!... ¿Consientes?

—Bien lo sabes—respondió, roja de alegría.

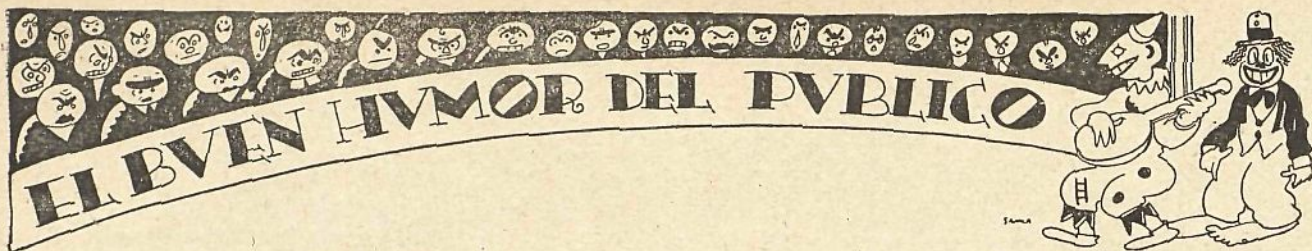
—Bueno. Cuento contigo para el 25 de noviembre. En cuanto a las condiciones, no regañaremos, no te quejarás; pero tendrás que evitar el llamarme de "tú".

—Ya sé las costumbres del mundo. La señora que vive en el castillo llama de "usted" a su marido. No me equivocaré.

—No, María, no es eso. No me llamarás de usted; habrás de emplear la tercera persona.

Y como ella abriera los ojos asombrada, Claudio explicó a la pobre muchacha que había venido al pueblo, no para buscar novia, cosa encantadora que abunda en París, sino para hallar esa ave rara: una criada.

G. P.



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en un aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

—Mientras sea usted tan glotón, ya le digo yo que no estará bueno. Mía que toa la vida atracándose de carne.

—Hombre, tanto como toa la vida, no, que en cierta ocasión estuve sólo a leche más de un año y medio seguidico.

—¡Otra! ¿Cuándo fué eso?

—Pus misté, cuando mamaba.

Francisco Olivas Navarro.
Madrid.

Solicitan del Gobierno el servicio de la «porra» poder usar los cascos es de la Casa de **La Horra.**

La Horra siempre **La Horra**

Fuencarral, 26 entresuelos, y Montera, 15 y 17 entresuelos.

El.—Si acaso se me hiciera tarde para venir a cenar, te pondría un continental.

Ella.—No te molestes. Lo he leído ya. Lo llevas preparado en el bolsillo del gabán.

Vicente de Castro.
Puente de Vallecas.

¿El colmo de un dentista?
Empastar los dientes a una llave.

¿El colmo de un crujano?
Cortar un brazo de mar
Trini.—Zaragoza.

Hablando de una obra de teatro que se representó en Madrid, y que tiene por título "Ha entrado una mujer", un amigo me pregunta:

—¿La conoces?

El premio correspondiente al número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Después de examinarse, un alumno entra precipitadamente en la sala buscando su sombrero, sin encontrarlo, por todos los rincones.

El catedrático (molesto).—¡Tampoco nos lo habremos comido nosotros!

El alumno.—¡Y quién ha dicho que sea de paja!

Groggi.—La Unión.

—No la conozco, porque no la he visto entrar.

Gerardo Martínez Andrés.
Madrid.

En una velada de boxeo.

El espectador exaltado (animando a su ídolo, que acaba de partir una ceja al contrincante).—¡Bravo! ¡Ese golpe ha de valerte unos puntos!

El espectador tranquilo (dirigiéndose al anterior).—No lo crea; al que le dará los puntos es al herido.

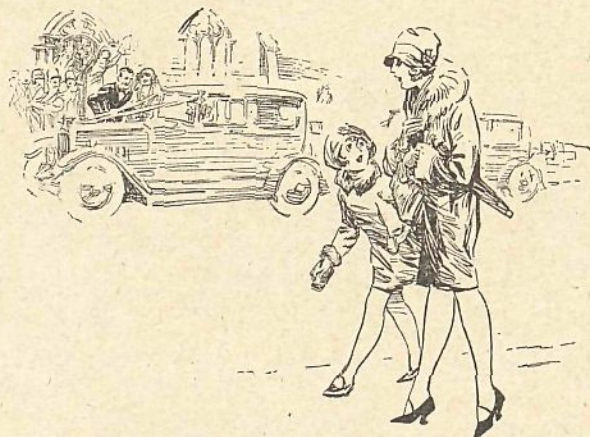
M. Linacero.—Madrid.

Histórico.

En la visita pastoral que un obispo realizó a un pueblecillo le cumplieron unas monjas, que habían suspendido unas fiestas por la llegada de él. Como el obispo se enteró, dijo que si se hubiesen celebrado él hubiese también contribuido a darles más luzimiento. ¿Que por qué las suspendieron? Y la superiora le contestó:

—¡Como hemos tenido este contratiempo!...

Pietin.—Enguera.



—¿Por qué la novia va siempre vestida de blanco?
—Porque el color blanco es para los días alegres y el negro para los días en que se va triste.
—¡Ah! Entonces por eso el novio va vestido de negro, ¿verdad?

(De London Opinión).

¿Cuál es el colmo de un guardaneta?

Parar la subida de las subsistencias.

Cayetano mejor que Dormido.
Larache.

De excursión.

Un matrimonio iba al Puerto de Pajares en automóvil; cuando ya iban llegando, se salió una de las cubiertas e iban en llanta. La esposa, incómoda, exclamó:

—¡Ay, Pepe, qué balanceo! ¡Me estoy mareando!... ¿Cómo no arreglas la cubierta?...

—Ahora ya, aguanta un poco

¡SEÑORAS!

Los mejores sostenes **Presa**

Las mejores fajas **Presa**

Los mejores corsés **Presa**

Presa, siempre Presa

Fuencarral, 72. -- Teléf. 51135

más, mujer, que ya estamos llegando al "puerto".

"Más".—Gijón.

¿Cuál es la cosa que no se la con largueza?

El pan, porque se da con corteza.

J. T.—Barcelona.

—Chico qué viaje más delicioso. Salí de Madrid y fui a Nueva York; ahora que me he gastado 2.500 pesetas.

—Pues has sido tonto.

—¿Por qué?

—Porque aquí, en Madrid, lo hubieses hecho por veinte céntimos más delicioso aún.

—¿...?

—Si, hombre, en el tranvía número 6, que lo tomas en Ro-

sales, pasas por la Montaña, te dejas a un lado España, cruzas el Sol, bajas por el Río de la Plata y terminas en el Paraiso. Cruz.

Un nuevo rico que había sido regente de imprenta quiere comprar un coche.

El nuevo rico.—Quiero un coche cómodo y que dé 80 por hora.

El dependiente.—¿Prefiere el señor el tipo 16, estilo inglés?

El nuevo rico, distraído.—No, rayada del número 3.

A. Conde.—Madrid.

Chiste futbolístico.

—¿Porqué el partido "Italia-España" ha sido el único que se ha repetido en la presente Olimpiada?

—Porque el primer partido lo han aprendido en viernes.

Jacinto y Benavente.

Ceuta.

Entre militares.

El cabo.—A la orden, mi sargento. El recluta Inocencio López no puede cerrar los ojos para disarar.

El sargento, indignado.—Entonces, ¿cómo se arregla ese idiota para dormir?

F. M. Melilla.

En cierto puellecito de Aragón (¿dónde había de ser!) se declaró en cierta ocasión el cólera, siendo, como es natural en esos casos, muchísimas las defunciones.

El herrero de aquel lugar se reunió con sus amigos y concertó con ellos dar un buen susto al enterrador. Al efecto se hizo construir un ataúd, y fingiéndose muerto fué conducido al cementerio.

Al tiempo de coger la caja para echarla a la fosa, observó el enterrador ruido dentro, y, ni corto ni perezoso, abrió la tapa a golpes de azadón.

Ver abierta la caja y saltar fuera fué cuestión de un momento para el herrero, solazándose de antemano del susto que el buen enterrador iba a llevarse; pero éste, sin atemorizarse lo más mínimo, descargó tan fuerte golpe en la cabeza con el azadón, que le hizo rodar por tierra sin vida, concluyendo después su faena enterrando decorosamente al desgraciado herrero.

Encontróse después con sus amigos, quienes le preguntaron si había habido alguna novedad.

a lo que contestó el enterrador:

—¿Sabéis lo que os digo? ¡Que otra vez, cuando llevéis alguien a enterrar, me lo llevéis bien muerto, que no tenga yo que rematarlo como he tenido que hacer con el herrero!

Tercos.—Sangüesa.

Federico y Salvador, dos íntimos amigos, estaban paseando por el puerto y estaban admirando la magnífica construcción de un buque alemán. De pronto Salvador le preguntó a Federico:

—Oye, ché, ¿a que no sabes en qué se parece ese barco a un soldado alemán y a su familia?

—No lo sé—contesta Federico.

—Pues, hombre, eso es muy sencillo: el barco se parece al soldado alemán en que éste tiene casco y el barco también lo tiene.

A lo que Federico pregunta: —¿Y la familia?

Y Salvador, dándole la mano, contesta:

—La familia sin novedad, bien, gracias.

Pequeño Yanki.—Valencia.

En la Plaza de Toros.

—Oye, tú, ¿qué le pasa á ese torero para que ahora esté tan valentón?

—Nada, chico, que se casó, y aunque su mujer le adora, ya la vida le importa un bledo.

Uno que no tiene tupé.

San Sebastián

—Lleva usted algo encima?

—El sombrero y el gabán.

—No es eso. Si tiene usted algo suelto.

—Como que estoy tomando horchata de arroz.

—Digo que si tiene usted cuartos.

—Por alquilar, más de tres.

—No quiero decir eso.

—Ni yo lo otro.

A. M.—Barcelona.

En un Tribunal militar.

Uno de los méd.cos.—¿Hace mucho tiempo que padece usted de la vista?

El recluta.—Poco, señor.

Otro médico.—¿Siente grandes dolores?

Recluta.—Muy grandes, sí, señor.

Otro médico.—Digame, ¿Qué distingue usted en esta sala?

Recluta.—El reloj, la mesa, la silla y el soldado que ha venido conmigo.

El médico.—¿No distingue alguna otra persona más?

Recluta.—Estoy oyendo hablar a los jefes y oficiales médicos; pero a esos no los puedo ver.

A. Ruiz.—Barcelona.

Un individuo es invitado a comer en casa de un amigo.

La comida fué tan escasa, que el convidado no logró saciar su apetito.

Al despedirse, el que ha ofrecido el convite dice a su amigo:

—¡Espero volverás a comer con nosotros!...

—¡Ya lo creo! ¡Ahora mismo si quieres!...

Pánfilo.—San Sebastián.

En una reunión.

Un concurrente.—Yo, la próxima vez, me voy a cortar el pelo a lo Manolo.



Ella.—Cuando un hombre que me molesta me pregunta dónde vivo contesto siempre: En las afueras.

El.—¡Ah! Entonces él se va, supongo. ¿Pero dónde vive usted?

Ella.—En las afueras.

(De The Passing Show.)

Otro.—¿Y cómo es eso?

Un calvo.—¡Pues más corto que el mío!

F. Librado.—Madrid.

La nueva doméstica.

El señor.—Cantas muy bien y cosas muy finas y sentimentales, muchacha...

La criada.—Cosas del "pueblu"...

El señor.—Tú eres romántica, ¿verdad?

La criada.—¡Nun, señor, galleta!

Carlos Atienza.—Madrid.

Entre dos amigos:

—¿Qué es lo que llevan los militares que termina en "able" y no es el impermeable?

—¡El sable!

—Pues no, señor, que el sable termina en punta.

Azotea y Colorín.

Santa Elena (Jaén).

En un restaurant.

—Mozo, le he pedido lengua de terpera y me trae lengua de vaca.

—¿Perdone el señor; ha sido un lapsus lingüe.

Angel del Castillo.

—¡Diga, aficionado! ¿Quién cree usted que vencerá en el tercer partido de desempate para campeonato de fútbol en Santander?

—El Barcelona. Porque su delantera es muy superior á la de la Real; en la línea media hay un Castillo y la defensa juega Más.

Alvaro Ruiz.

El colmo de un afilador tímido:

Quedarse cortado delante de la gente.

Enrique Soto y Soto.

Un guarda sorprende a un cazador.

—Fuera de aquí—le dice—, que esto está vedado.

—Tengo permiso verbal del amo.

—A ver, enséñemelo usted.

Francisco Olivas Navarro. Madrid.

—Quiero que sepa usted que me ha costado mucho trabajo ganar mi dinero.

—¿Cómo? Yo creía que lo había heredado de un tío inmensamente rico.

—Si; pero me ha costado mucho trabajo sacárselo á los abogados.

Vicente de Castro.

Puente de Vallecas.

Correspondencia muy particular



Butón. Madrid.—Aunque ro nos gustan las estadísticas, podemos asegurarle a usted formalmente, y para satisfacer su curiosidad, que desde la fundación de BUEN HUMOR hasta hoy día han acudido aquí 11.729 espontáneos rotundamente animales, 596 sencillamente tontillos y 351 con ciertos barruntos de sentido común y hasta unas miasmas de saleroso ingenio. Por desgracia, usted, querido Butón, hace el número 11.730 de los bestias categóricos. Consuélese usted, pensando que no está usted solo, sino en magnífica y ruidosísima compañía. ¡Ah, y con seguridad absoluta de que la compañía seguirá aumentando hasta la escandalosa plétores!

A. N. H. Málaga.—No nos interesa eso de los padres Gafos, por lo cual no lo verá usted publicado en nuestras columnas ni aunque se ponga usted gafas. ¡Camelos, no! ¡Y encimutrias filamentosas y pleonásticas, menos!

Cistierna. Morata.

Querido amigo Cistierna: ¡ha metido usted la piera. Y no digo que la pata por respetos a Morata.

Donde tengo unos cuantos buenísimos amigos incapaces de cometer conmigo un atropello del tamaño desmesurado del que usted acaba de perpetrar.

A. E. C. Barcelona.—En la traducción que usted nos remite se aprecian dos cosas: que sabe usted francés (de lo cual nos congratulamos) y que no sabe usted ni esto de castellano (lo cual sentimos una brutalidad).

B. A. P. Madrid.—Tampoco sirve esto. Está usted en desgracia.

A. F. L. Almería.—Innecesariamente cerdo. Podía tener

gracia, sin esas reflexiones excrementicias que le hacen totalmente inadmisibles.

P. C. D. Toledo.—Su artículo es candidito y tontito como un juego infantil. Pasa al inmenso y descomunal osario del olvido. Reciba usted la expresión de nuestra catastrófica condolencia.

D. M. Tortosa.—No puede ser de ninguna manera. Ni con la recomendación del arzobispo de Tarragona.

T. G. N. Madrid.—Eso es impropio de un hombre civilizado y sensato. Usted, ¡claro!, ¡naturalmente!, no será ninguna de las dos cosas.

E. R. A. Madrid.—¡Qué idiotez más panorámica!

C. B. A. Ciudad Real.—Una mala noticia, amigo: No nos ha gustado *El café*, a pesar de servirnoslo usted completamente gratis. O dicho de otra manera, para que á usted no le quepa duda: ¡que no ha conseguido usted colarnos *El café*!... Tal vez por eso se le veían los posos. Mande usted otra cosa

que no sea café, a ver si cue-la... que lo dudamos.

R. M. L. Gijón.—Acaba usted de ingresar en el cesto con todos los honores.

N. R. Q. Madrid.—Se enfadaria mucho mi médico de cabecera si leyese su trabajo; y, en venganza, es posible que me tratase mucho peor todavía de lo que me está tratando. Y como yo no tengo interés en abandonar el planeta por ahora (ni por luego), pues ¡velay!... ¡Que no se publica lo de usted y en paz!

M. N. C. Córdoba.—No sirve *El vago*... Y es natural. Sería el primer vago del mundo que hubiera servido para algo.

L. A. F. Madrid.—Son demasiado sencillitas sus croni-

quillas. Aquí somos un poco más tunantes y modernistas. Aparte de que todos nuestros lectores son unos guasones, y hay que afinar mucho para evitar la tomadura capilar de la muchedumbre que nos favorece y honra con sus pertinaces cuarenta céntimos.

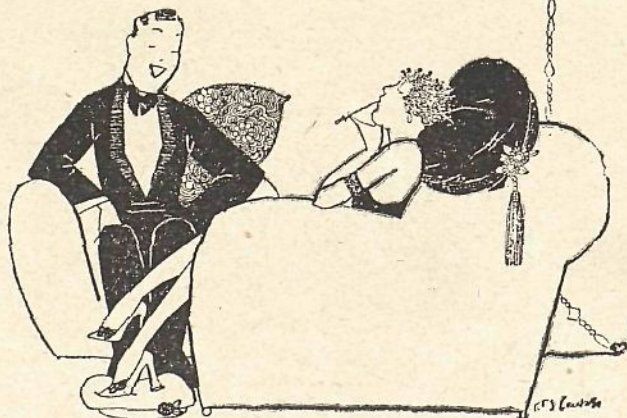
S. M. P. El Ferrol.—El cuento del sacerdote nos ha gustado bastante menos que los versos que *in illo tempore* le aceptamos á usted.

C. G. R. Cádiz.—Corto y malo. ¡Así, corto y claro!

Inesita. Valencia.—¡Señorita Inesita, por los clavos del admirable Redentor del mundo!... ¡Usted no ha notado que nos insulta gravísimamente? ¡Pues fíjese bien, y a ver lo que le dice a usted su conciencia!... En la perfumada y voluptuosa epístola en que se nos ofrece como colaboradora, hay un parrafito en el cual hemos leído lo que sigue, con torcedora angustia de corazón:

"Tengo diez y siete años, que, a mi juicio, creo que es la edad en que uno tiene más ganas de hacer gansadas de la misma índole que las que se publican en su semanario."

Comprenderá usted, señorita encantadora, que eso es sencillamente horrible. ¡Nos ha llamado usted gansos, así, fríamente, sin remordimiento, sin calcular las espantosas consecuencias que en nuestro ánimo podría producir su tremenda aseveración!... ¡Menos mal que implícitamente reconoce usted que tenemos diez y siete años de edad, y eso nos ha servido de cierto lenitivo!... De todos modos, su precioso artículo no reúne las gansadas suficientes para que lo demos a conocer, y hemos tenido que facturarla para el cesto. ¡Lo cual es un dolor más que sumar a los que por su causa hemos tenido que sufrir!... ¡Una verdadera tragedia en cuatro actos, hermosísima y frustrada colaboradora!!



El.—Las mejillas coloradas ¿no son signo de buena salud?

Ella.—Naturalmente.

El.—Entonces tú estás más sana de un lado que de otro



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Talleres PRENSA NUEVA.—Calvo Asensio, 3, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



—¡Que éxito de *taquilla*, marquesa!
—¿Se habrá vendido todo?
—¡Todo!... ¡Hasta el árbitro!...

Dib. ALMITA TAPIA.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid